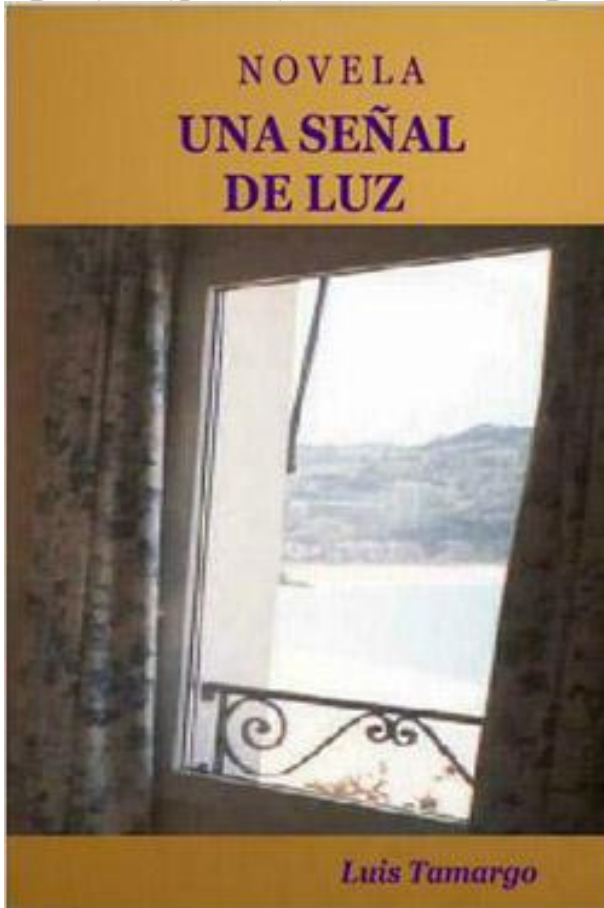


# NOVELA

---

## UNA SEÑAL DE LUZ



LUIS TAMARGO

© Luis Tamargo Alonso.

[leetamargo@gmail.com](mailto:leetamargo@gmail.com)

*Santander, 2011.*

Depósito legal.

*A ti, en tu viaje de vuelta.*



# Capítulo I

## SOLO PROFESIONAL

En la oscuridad la espuma crepitaba. Podía escuchar el estallido de las burbujas de jabón, incluso el suave oleaje del agua cuando acariciaba la breve costa de su bañera. Pero a Luz ni siquiera ya las excelencias del baño le bastaban, le recordaban que estaba sola, tal vez demasiado. Cuando aceptó la misión asumió las inconveniencias que no entraban en la letra pequeña, pensó que tratándose de una ciudad como París, siempre serían menores, excusables. Sin embargo comenzaba a estar harta, cansada del riesgo calculado en el que su vida parecía haberse estancado. Necesitaba entrar en acción, echaba en falta algo de movimiento, no seguir fingiendo que trabajaba, que era otro su nombre...

-...Luz –se repetía-, ¡me llamo Luz!

Pero ahora se llamaba Dafne; no podía ser Luz, todavía no.

Notó blandas las yemas de los dedos, había llegado el momento de salir del agua. Su rito, sin embargo, no acababa ahí. Asomarse a la ventana a contemplar la noche iluminada de la ciudad que llevaba su nombre constituía un requisito imprescindible que la provocaba una sensación plena. Si no fuera por aquella maldita soledad que la acompañaba... Tal vez a Dafne le debía esa culpa.

Desde la séptima planta del hotel la avenida sólo era una hilera de puntos luminosos que desafiaban a la noche. Enfrente, un ejército de antenas plagaba la azotea del edificio más cercano, atiborrado de chimeneas y tubos de ventilación; y dos plantas más abajo, la silueta morena de la chica volvía a hacer acto de presencia... Renato acercó un poco más hacia delante el sillón, con cuidado de no rebasar el límite con el ventanal y, una tarde más, se recostó cómodo a contemplarla. Era la segunda temporada que pasaba allí y seguramente repetiría hotel en sucesivas visitas a la ciudad: no le dejaba lejos de la zona de trabajo y, ahora con el descubrimiento de aquella belleza exhibiéndose sin pudor frente a él, sus ansias de curiosa admiración al menos estaban cubiertas. La chica siempre realizaba idéntico ritual, delatada por la luz trasera del baño e, ignorando ser observada, se desvestía cada tarde para entregarse a

un relajante baño del que no era la única beneficiaria. Ya conocía cada uno de los pasos a seguir, la chica saldría del agua entre brillantes destellos de jabón, después se acercaría a la ventana con la toalla aún envuelta sobre la cabeza, para permanecer breves minutos oteando el cielo y las calles, desnuda, ajena e indiferente a otros ojos. Él se hundió precavido en el sillón sin poder evitar estirar el cuello en un gesto de atractiva curiosidad; desde que la descubrió no había faltado ningún día a la cita, aquella belleza exótica brillaba con luz propia en la íntima oscuridad de la noche. La mujer se giró con un contoneo suave de caderas, mientras se alborotaba el pelo; antes de desaparecer de nuevo por el pasillo dejó tras de sí un sinuoso vaivén que invitaba al ensueño voluptuoso... Él miró otra vez el reloj, no quería llegar tarde a la función de las once. El piano bar donde amenizaba la velada nocturna de los más trasnochadores no estaba lejos, pero también tenía derecho a emplear su tiempo libre en los pequeños caprichos que le ayudaban a refrescarse y -¿por qué no?- a soñar...

Aquella vez deleitó a sus contertulios con una suite clásica al piano, aunque aprovechó alguno de los momentos distendidos para amenizar el ambiente con temas antológicos de jazz, que eran en realidad los que le hacían disfrutar cuando tocaba. Desde que acabó la carrera de música había probado a ocupar alguna de las plazas de profesor a las que la gran mayoría de sus compañeros competidores opositaban, aunque sin éxito. Fue aquella propuesta de veranear en el extranjero al tiempo que trabajaba la que acabó por calar hondo en su espíritu inquieto de músico profesional. La primera vez fue en París, después en Barcelona, donde se asentó; no era verano, pero este año volvió a repetir.

Sonaban los acordes tristes de “Insensatez”, una de sus bossas preferidas y la que destinaba para cerrar la primera parte del concierto y dar paso al intermedio, cuando distinguió al fondo del salón, por encima de las cabezas de los asistentes que llenaban las mesas, a la chica de sus fantasías... No podía dar crédito a lo que veía: estaba hablando con el encargado de los camareros en el mostrador, se la notaba inquieta, nerviosa, aunque sin perder un ápice de la distinguida elegancia que envolvía su figura. Movié con destreza los dedos para acelerar el final de la melodía, debía de encontrarse con ella a toda costa... Ya rompían los aplausos cuando se incorporó con un breve saludo a la concurrencia y, rápido, se dirigió hacia Olivier, en la barra...

-...Acaba de salir, marchó...

El pianista disimuló el malestar, aunque no su interés:

-¿Qué quería?

-Trabajo, buscaba trabajo. Pero aquí hace tiempo que no necesitamos bailarinas, tal vez tú en tu número... -el encargado sonrió con franca malicia.

-¡Tampoco sería mala idea! Anda, pónme una copa de lo mío antes de empezar...

No fue el último daiquiri de aquella noche, pero tenía sus manos tan templadas como las cuerdas de un violonchelo y, cuando puso fin a su actuación, aún le quedaron arrestos para aguardar un poco más a que llegara el alba y degustar el café que preparaban en el restaurante de la Plaza. Los domingos le gustaba desayunar allí, mientras contemplaba los preparativos del mercado que se celebraba en el Boulevard, durante el fin de semana. Esa mañana se aventuró entre los puestos, el tumulto de gentes no le vendría mal para tener la sensación de que al menos había aprovechado el día, antes de retirarse a la habitación de su hotel para descansar de todo el esfuerzo infringido.

Andaba cansado después de toda una noche de trabajo, pero no tanto como para percibir visiones... Justo donde el mercado se bifurcaba en dos, ensanchándose para dar cabida a multitud de tenderetes cargados de bolsos, pañuelos, ropa y otros artículos de regalo, reconoció el porte inconfundible de su chica... La suerte estaba de su lado, no podía dejar escapar esa oportunidad. Esta vez la siguió a media distancia, tenía que organizar un plan para abordarla, intentar contactar de alguna manera, hablar con ella sería un triunfo perfecto... Se preocupó de que ella no le encontrara la mirada cada vez que giraba en derredor, disimulaba entre diversos puestos para evitar posibles sospechas, hasta que la vio abandonar el mercado por una de las transversales. Fue detrás de ella acortando la distancia y, casi hombro con hombro, le dirigió la palabra en un chapurreado francés...

-¡Pardon, mademoiselle!

Ella se volvió con suavidad, amable, sin mostrar titubeo.

-La vi la otra noche en el Boulevard, trabajo en el Piano Bar...

-¿Entonces el encargado le dio mi recado? ¿va usted a contratarme...? — ella respondió ágil, al tiempo que se detenía para conversar con interés.

-Bueno, verá, yo...

-Le advierto que no encontrará a otra danzante igual, no se arrepentirá: nadie hará lo que yo hago, ¿señor...?

-...Sí, sí, Renato, puede llamarme Renato, por favor...

Era más bella aún en la realidad, sus facciones helénicas, marcadas y dulces, creaban un aura de exotismo que adornaba en cada uno de sus gestos, armónicos, leves y ligeros, transformándola en una diosa.

También le llamó la atención su olor, aquella mezcla que se desprendía de entre sus ropajes y que no era sólo el resultado de un perfume, sino la fragancia natural que emanaba intrínseca del cuerpo idolatrado que en tantas ocasiones él había contemplado en silencio...

-Le puedo asegurar, señor Renato, que domino otras muchas artes además de danzar...

Siguieron avanzando juntos calle adelante, luego cruzaron a la otra acera. Él se esforzó porque el hilo de la conversación no perdiese el inusitado interés que ella le había otorgado de forma tan espontánea...

-La verdad es que puedo hacer que... Puedo hablar para tratar de que ese espectáculo salga adelante. No le puedo prometer nada, aunque... me gustaría saber lo que realmente usted hace, señora...

Ella se detuvo en seco, le tocó el antebrazo con su mano ensortijada de brillos dorados, antes de pronunciar su nombre: ¡Dafne!

Debió de notar el extraño gesto de asombro del músico y, con una gran sonrisa de dientes blanquecinos, le musitó acercando el rostro al de él:

-...Dafne, para usted...

-Bello nombre, Dafne, bello...

-Soy una mujer comprometida, oiga, pero puedo y sé hacer otras cosas... No va a encontrar a nadie que haga algo igual, señor Renato...

Ya se habían adentrado en la rue du Chemin vert, cuando ella se detuvo en un portal e hizo ademán de entrar, como si hubiera llegado a su domicilio. Renato sabía que estaba actuando, que no vivía en aquel lugar, pero le siguió la corriente...

-Bueno, Dafne, después de que hable para tratar su caso me gustaría volver a verla, entonces...

Ella empujó la puerta, que estaba abierta y le guió tras el amplio vestíbulo que conducía a un enorme patio interior. Renato la siguió como un colegial amaestrado, sorprendido ante el conocimiento que la mujer tenía de aquel lugar, hasta la parte trasera donde el hueco de la escalera permitía un recogido habitáculo lo suficiente ancho para dos personas. Allí, posó el pequeño bolso de mano en el suelo y se acercó hasta pegar su cuerpo al de él...

-Soy una mujer comprometida, pero se lo agradeceré, puedo y sé hacer...

Era una mujer muy alta, sus ojos alcanzaban casi la altura de los de Renato. Él sintió como todo su cálido aliento le despertaba el deseo y, sin encontrar oposición, le rodeó el talle con los brazos, podía sentir el palpar de sus pechos bajo la blusa que ella misma se desabrochó con fina destreza; luego la besó despacio...



Se prometió a sí mismo que no sería aquella vez la última. A pesar de que había descubierto su juego no podía desvelar el suyo, había de seguir disimulando, dejándole a ella la batuta para que apareciese a su antojo, aprovechando cuando ella decidiese el momento de la entrega. Las palabras de Dafne aún resonaban en sus oídos, al despedirse e intentar cerrar la próxima cita...

-Eres un sentimental, querido, demasiado...

-Pero nada de malo hay en ello –arguyó en un intento de justificarse.

-...Sólo profesional. -matizó ella, con aire rotundo.

# Capítulo II

## ÚNICA FUNCIÓN

No volvieron a verse más en aquella temporada, pero Renato sabía que ella reaparecería como las diosas, de repente, sin brusquedad, en la próxima temporada.

Sin embargo, de regreso a Barcelona, poco imaginó Renato que sus planes se irían al traste de igual forma que se fue la agencia de contratación que requirió sus servicios como músico en París. El director de la agencia se jubiló por enfermedad y la empresa se declaró en quiebra; ni siquiera sus hijos y cuñados le supieron dar continuidad, más preocupados por la batalla legal de la succulenta herencia. De la mano de aquella compañía italiana se había atrevido a dar el salto y marchar de su Turín natal para abrirse futuro en la vanguardia musical de una Europa que aún creía en la utopía del arte, al menos ese fue su impulso inicial. Ahora, sin embargo, la realidad mostraba el lado amargo del hambre y la miseria que dificultaban el latir espontáneo de la sensibilidad artística. Los ahorros obtenidos de los conciertos de París apenas bastaron para subsistir durante unas breves semanas en una Barcelona no tan fácil como en apariencia prometía para vivir; luego tuvo que establecer obligadas prioridades. Abandonó el piso de alquiler por una habitación en la zona centro, cercana a las transversales de las Ramblas, de precio más acorde a su incierto mañana.

En cuanto dejó a deber dos mensualidades seguidas fue el propio casero, hombre tosco y cetrino, quien le sugirió una posible alternativa para paliar convertirse en un moroso empedernido. Se le encontró una tarde en el rellano de la escalera cuando regresaba a la habitación, como si hubiera estado aguardando su llegada; nada más verle, mientras pelaba una manzana con un afilado cuchillo de cocina, enseguida apostilló...

-¿Tú conoces París, no? Te lo he oído decir alguna vez...

-...Sí, claro que sí, lo conozco.

-En ese caso hay arreglo, amigo, sólo tienes que preguntar por monsieur Argos... Dos días te serán suficientes... -el casero se incorporó ocultando una media sonrisa de soslayo-. Me caes bien, pero no puedo consentirte

la tercera falta... Pregunta por monsieur Argos de La Maison Carrée, en París, no lo olvides...

El casero desapareció escaleras arriba. Cuando entró en su habitación escuchó de nuevo los pasos precipitados del casero hacia abajo. Instintivamente el italiano recogió una de las botas de montaña y se sentó a los pies de la cama; intentaba aclarar sus pensamientos ahora que el hambre aún le permitía tregua, mientras extraía un manojito de billetes envueltos en un plástico del doble forro del tacón... No iba a poder alargar aquella situación mucho tiempo más. Contó los billetes una y otra vez, tenía lo suficiente para ir y volver de París, no había otra salida para aquella muerte lenta...

Cuando llegó al aeropuerto de Orly indicó al taxista que le llevara directo a La Maison Carrée con intención de situarse lo antes posible; el tiempo apremiaba, así que no podía malgastarlo. Se trataba de un selecto club de alterne con espectáculos en vivo. Comprobó que no andaba demasiado lejos de su antiguo hotel, apenas seis o siete paradas de metro; se apeó del taxi y continuó a pie hasta la primera boca de metro, aún era pronto para que abrieran los locales nocturnos, por lo que se dirigió a descansar, más tarde era probable que lo agradecería. Se pidió la misma habitación de siempre en la planta séptima. Sin conciertos ni contratos que cumplir se le hacía raro estar paseando en solitario por París, incluso aquella habitación ahora se le antojaba más vacía y triste que en ocasiones precedentes. Se asomó al ventanal con cierta precaución, aunque todavía era pronto para que su atractiva vecina hiciese acto de aparición; ansiaba ese momento, a pesar de que esta vez no podría estar allí aguardándola debido a los imperativos de su nueva y urgente misión. Apenas dio una ligera cabezada antes de ducharse para salir de nuevo hacia La Maison Carrée.

Las calles bullían de gentes, podía notarse su concurrida afluencia en el metro, tardó más de lo previsto hasta llegar al Club, que ya lucía sus puertas entreabiertas y dejaba salir los sonidos de una música ambiental excesivamente alta. El matón que velaba la entrada ni inmutó su hierático gesto cuando Renato traspasó el umbral de los grandes cortinones de terciopelo granate. Dentro imperaba un animado bullicio entre las luces tenues de las mesas, previo al comienzo de la sesión; leyó el espectáculo anunciado en uno de los carteles: "Misterio y exotismo de las Danzas orientales: Única función". Una de las camareras se le acercó sosteniendo en una de sus manos la bandeja repleta de vasos y copas, a punto de rebosar:

-¿Deseas algo, cielo, dime...?

Su mirada tornó en mueca cuando le preguntó por el señor Argos y, sin pestañear, desapareció por la oscuridad del pasillo, rígida, como si hubiera encajado algún golpe invisible... No tardó en verla regresar de nuevo sin la bandeja, acompañada esta vez de un elegante muchacho de rasgos orientales, trajeado como un diplomático occidental, aunque con un aire más moderno y desenfadado que el de los encorsetados políticos de turno. La chica hizo un gesto con la cabeza hacia él, señalándole, luego desvió sus pasos hacia las mesas; ya se respiraba el inmediato comienzo de la función y la música ambiente bajó despacio el volumen. El joven chino se aproximó hacia él hasta que pudo distinguir las facciones rasgadas de su rostro, al tiempo que hacía gala de un acento casi perfecto del idioma...

-¿Ha preguntado usted por monsieur Argos?

-Sí, así es, he de hablar con monsieur Argos...

-Entonces sígame, por aquí... -el chino le llevó de una sala a otra, sorteando mesas y pasillos. Renato se apercibió de que aquel local se componía de varias salas destinadas a diferentes actuaciones, pero todas a su vez orientadas hacia la pista principal donde el espectáculo estaba a punto de iniciarse. Las luces se apagaron justo cuando el muchacho le invitó a tomar asiento en una de las mesas que, en un principio supuso más apartadas, pero que al encenderse los focos del escenario, enseguida comprobó que pertenecía a una especie de palco privado que presidía el salón- ...Aguarde un momento, por favor...

El elegante muchacho no tardó en volver junto a un corpulento gigante calvo, entero vestido de negro, sin duda se trataba del misterioso señor Argos en persona; pronto resolvería el enigma que tantas cábalas le venía obligando a realizar desde que decidió emprender aquel viaje de locos hacia una aventura de resolución desconocida. Se sentaron ambos, uno a cada lado. Renato hizo ademán de tender la mano al señor Argos, pero el chino le recriminó el saludo con un susurro cercano en su oreja izquierda...

-Monsieur Argos no habla con nadie. Debe usted estar atento, amigo...

La música expandía en la sala sus tonos de sugerente colorido, mientras un halo de humo artificial recreaba una atmósfera irreal de la que surgían las figuras de dos bailarinas contorsionando sus cuerpos cubiertos de velos transparentes. Renato observó con disimulo el cercano perfil del señor Argos que, inmutable, contemplaba la función, ajeno incluso a su presencia. Su calva brillaba en la oscuridad y, por detrás del cogote, en la terminación con el cuello se amontonaban unas

protuberancias de carne a modo de michelines que a Renato le semejaron excedentes de sebo cerebral... Habría sonreído por la ocurrencia sino fuera por el gesto continuado de atención que el tal Argos imprimía a su rostro, con un grado exacerbado de autocontrol que daba la impresión de no existir nada en el mundo capaz de poder asombrarle. Ni siquiera se dio cuenta del estremecimiento que a Renato le recorrió de arriba a bajo cuando volvió la vista al escenario y contempló el sinuoso movimiento de las bailarinas... ¡Una de ellas no era otra sino su bella vecina de ensueño! Se preguntó si ella también le habría reconocido o tal vez ni siquiera ya se acordaba de él... La danzante -como a ella misma le había oído expresarse en la última ocasión- por fin había encontrado un lugar de trabajo donde desarrollar su arte.

Fue un codazo del chino en su costado izquierdo lo que le sacó del ensimismamiento.

...¡Coja eso, cójalo!

Ahora cayó en la cuenta de que el enorme calvo había dejado resbalar algo debajo de su mantel, era un sobre abultado. Lo abrió debajo de la mesa, palpó los billetes, eran muchos...

-No preguntar... -apostilló el chino, adivinando la intención de su impulso- Argos no habla, nadie conoce a Argos. Quien pronuncia su nombre debe cumplir y obedecer, no preguntar...

Por primera vez Renato le encontró un defecto de pronunciación al oriental, tuvo la sensación de que aquellas palabras representaban las fases de un ritual que, a partir de ese instante, impedían cualquier tentativa de retroceso. Unos sudores fríos se posaron sobre sus hombros, sus piernas flaquearon por un momento, a pesar de estar sentado y, por su espalda, se deslizó un escalofrío que le obligó a ponerse en alerta.

Las bailarinas se contorneaban arrastras por el suelo, girando los velos de colores en círculos y en espiral, alternándose, al ritmo de la música que ahora se tornaba tradicional, de reminiscencias folclóricas y que, en un cambio de iluminación, cobraba nueva dimensión con un estilo diferente al que ya no pudo prestar la debida atención, más preocupado por el siguiente gesto del grandullón que se sentaba a su derecha. Esta vez percibió con claridad el objeto que el señor Argos ocultó bajo su mantel, aunque hubiera preferido no haberlo distinguido si se trataba de lo que estaba temiendo... Otra vez el chino elegante le hincó el codo instándole a recogerlo. En efecto, se trataba de un revólver con silenciador incorporado... Ya iba disipando a grandes pasos sus dudas sobre la manera de resolver aquel problema que le embargaba el ánimo y que,

ahora a la vista del calibre que tomaban los acontecimientos, aún le parecía de consecuencias más catastróficas.

Se giró inquisitivo hacia el gigante calvo, le habría gritado su descontento con agresividad, volcando su enfado descomunal; le habría golpeado su nariz chata, sebosa y brillante, hasta hacerle soltar una palabra, al menos una sola; quería escuchar un suspiro, una exclamación, un exabrupto, algo que le aclarase, que le hiciera sentirse humano... Pero el endemoniado chino le incordiaba a la perfección en su papel de intermediario final.

Las chicas danzantes ya se despedían alejándose por la pasarela entre el espeso humo de colores que de nuevo volvía a extenderse sobre el escenario y la música alcanzaba un clímax ensordecedor, demasiado agudo para su gusto. Renato no podía atender, había perdido de vista a Dafne y multitud de interrogantes se le agolpaban ahora en forma de entumecimiento y sudor, incapaz de centrarse sobre una sola de las conjeturas que se le avecinaban. Esta vez el chino chocó brusco su pierna contra su muslo izquierdo... Le tendía otro sobre por debajo de la mesa que Renato estropeó al intentar abrirlo: fotos, eran dos fotos. Las dos del mismo tamaño: una de cuerpo entero, de un hombre trajeado con maletín a la puerta de unas escalinatas; y la otra de medio cuerpo, donde podía distinguirse la fisonomía de su rostro sin posibilidad de error. Detrás de la primera fotografía pudo leer un lugar y una hora... Tenía que ser mañana, no había elección.

El señor Argos se levantó no sin cierta dificultad, firme, pero pesado, sin haberle dirigido una mirada, ni siquiera una sola vez durante aquella incómoda velada, para desaparecer tras las cortinas oscuras de uno de los pasillos laterales. Al muchacho chino le tenía enfrente, de pie, al otro extremo de la mesa, amachambrando la lección con pose firme, casi marcial, para asegurarse de que quedaba bien aprendida:

-No preguntar. Nadie conoce su nombre, nadie pronuncia...

Renato supo que para él la función había acabado, recogió sus nuevas pertenencias y salió sin prisa, intentando asumir en cada paso que daba el feo cariz de las nuevas responsabilidades recién adquiridas; sabía que no podía fallar, que sería lo último... O mañana o el final, no quedaba más tiempo.

# Capítulo III

## CUESTIÓN DE LIMPIEZA

Apenas pudo conciliar el sueño aquella noche. Hasta que a la mañana siguiente no dio con el lugar de la foto, no encontró el resto de sosiego que aún no le había robado el cansancio; luego almorzó algo ligero en uno de los restaurantes del otro lado del puente. Mientras tanto, estudió la zona una y otra vez, repasando en su mapa mental cada uno de los detalles del plan de acuerdo a un análisis concienzudo y riguroso, de profesional; luchó consigo mismo a fin de apagar todo atisbo de duda o inseguridad, no podía permitirse vacilar ni temblar, le iba la vida en ello... Recordó las palabras de Dafne:

-Sí, profesional... -se repitió a sí mismo.

Aguardó las horas restantes junto al aparcamiento de bicicletas, al comienzo de la plaza, antes de las escalinatas que conducían al barrio latino. Desde allí, apoyado en la barandilla, disponía de una panorámica idónea para ver llegar a su objetivo. No fue hasta pasadas las nueve de la noche cuando le distinguió desde lejos; no llevaba maletín sino un bolso de mano, pero no cabía duda de que se trataba del mismo hombre de la fotografía. Salió del edificio anexo al banco, de las oficinas probablemente, pero eso a él le traía sin cuidado. Avanzaba a paso lento por el puente, despreocupado, tal vez deseoso de estar entre los suyos una vez finalizada la jornada... Renato sujetó la pistola debajo del abrigo con un gesto mecánico de sus dedos que, de no acabar pronto, se convertiría en tic nervioso; quería alejar de su pensamiento toda sensación, no pensar, no preguntar, sólo actuar, sólo profesional... Visualizó la foto, en un intento vano de acallar pensamientos o sentimientos, ya no sabía distinguir. El hombre había cruzado el puente y ya rebasaba la hilera de bicicletas aparcadas. Al pasar frente a las escalinatas se detuvo como si buscara algo en los bolsillos de la gabardina y, de pronto, se desvió para seguir el borde del río, iba hacia él... Aquello no entraba dentro de lo previsto, no disponía de más tiempo, así que cuando el hombre pasó a su lado, sin prestarle atención, Renato aguardó unos segundos más antes de ir tras él. Se ayudó de las dos manos para sujetar mejor el arma... Al llegar a su altura el hombre se giró con un

movimiento leve de cabeza y, aunque a Renato le pareció una eternidad, apenas tardó una milésima de segundo en pensar que aquel era el instante crucial que aprovechar para descargarle cuatro tiros seguidos en el pecho, tal como mentalmente había proyectado una y otra vez. Imaginó al hombre doblándose y cayendo al suelo, hecho un ovillo, junto a la baranda del puente. Se imaginó empujando el cuerpo con los pies, hasta oír el impacto con la orilla empedrada, más abajo, junto a las aguas oscuras del río... Pero esquivó la mirada ladeada del hombre con un gesto de cabeza, adelantándole, mientras simulaba escudriñar la hora en el reloj y aceleraba la marcha; el agua chapoteó contra el muro y un largo estremecimiento le erizó la piel, se le enderezó la columna vertebral con un escalofrío mudo... Y se alejó a paso apresurado hacia las calles del centro.

Deambuló durante horas como un vagabundo en la noche, excitado y nervioso, sin dirección fija. Tiró la pistola, caliente todavía de tanto apretarla, en un contenedor de vidrio y rompió las fotos en pedazos, para luego ir despojándose de sus trozos, a medida que caminaba. Sabía que había fracasado, que había sido derrotado por una traidora misericordia y que él era ahora el condenado; se miró sus manos de pianista y se preguntó de qué madera estaba hecho que no era capaz de rematar la faena, quién tendría idéntica misericordia con él. Sus pasos cansados le condujeron hasta el boulevard, enseguida reconoció la avenida; no sabía por qué motivo había enfilado la calle por la acera contraria a su hotel, pero tampoco se extrañó de hallarse frente al portal de su exótica bailarina. Se detuvo allí sin saber con certeza lo que hacía, aunque en el fondo era el primero en presentir la intención de sus deseos más ocultos; sólo que no tenía dominio sobre ellos, algo había cambiado en él desde que había aceptado apretar el gatillo, sus actos parecían no pertenecerle... Necesitaba desahogar aquella sensación que le enajenaba, deseaba estar con Dafne, volver con ella... Se sintió tentado de tocar el timbre, le urgía oír su voz, pero se contuvo, aguardó inmóvil junto al portal, hasta que un vecino salió seguido de un perro caniche, lo que aprovechó para acceder adentro. Nunca antes había estado allí, aunque le orientaba la noción de que eran dos alturas menos que las de su hotel; subió despacio las escaleras, agarrado al posamanos, preocupado porque el crujir de la madera vieja no rechinara en exceso. Cuando llegó al último piso se encontró solamente una puerta, eso le ayudó a despejar cualquier duda, no podía equivocarse: tenía que ser allí... Por unos instantes se entregó a imaginar su reacción, sin duda ella se sorprendería, le invitaría a entrar y,



si ella vacilara o se mostrara reaccia, él insistiría, requería tanto de sus atenciones...

Se acercó a la puerta para llamar cuando el estruendo de un ruido le dejó paralizado, con los nudillos a medio camino: aquello era un disparo... Luego se oyeron pasos rápidos al otro lado y, de repente, la puerta se abrió de golpe. Dafne salió en ropa interior con un arma en la mano, al verle lanzó un chillido agudo y, asustada, brincó escaleras abajo. Renato pudo distinguir al fondo del pasillo el cuerpo del joven chino tumbado en el suelo, con un reguero de sangre sobre la camisa blanca. Abajo sonaron abrir y cerrar de puertas. Renato retrocedió, sin reaccionar aún ante la sorpresa, se tropezó con sus propios pies, al tratar de girar para bajar por la escalera, soltó el posamanos y aceleró los pasos cuando se topó con un vecino descamisado que había salido al rellano del piso inferior, al oír el estruendo. Descendió deprisa los escalones y salió corriendo del portal, al tiempo que otro hombre de sombrero bajo casi chocaba contra él cuando se disponía a entrar. Escuchó gritos detrás, mientras corría como un desesperado en pos de Dafne; la muchacha también corría semidesnuda al final de la calle, pudo ver cómo se introducía en el interior de un automóvil.

No fueron sus fatigadas piernas las que fallaron, sino aquel bulto que surgió de repente de la esquina e interceptó el ritmo endiablado de la carrera, casi frente al vehículo de la chica. Renato rodó por los suelos como un títere sin equilibrio, hasta golpearse el rostro con el duro asfalto de la calle; luego, le cayó encima el peso del fornido policía que, sujetándole los brazos atrás, intentaba esposarle, mientras otro agente frente a él, a juzgar por la posición de sus gastados zapatos, le apuntaba con un arma. Con una rodilla clavada en la espalda le retorció las manos, le hacía daño, debía haberse roto algunos dedos, no los notaba. Al poco llegaron más policías, desde el suelo distinguió al hombre del sombrero con quien estuvo a punto de chocar... El inspector se arrodilló junto a él, le alzó de la cabellera y, al tiempo que le escrutaba, se dirigió a los demás en un tono ronco de aguardiente:

-Os lo dije, siempre terminan por regresar al lugar... ¿Estás bien, niña?

-Sí, gracias, inspector... -contestó tras la ventanilla del coche una bella Dafne en paños menores, aún jadeante por la huída.

Renato entornó los ojos en un gesto dolorido hacia quien le atenzaba los cabellos. Dafne continuó el relato pormenorizado de los hechos, ahora arropada por el amparo protector de sus compañeros...

...El chino intentó propasarse, se puso violento. En el forcejeo descubrió la pistola y la placa. No tuve otro remedio, si no disparo me

habría roto el cuello... A él le conozco, estuvo la otra tarde en el local con el chino, hubo intercambio, pero no sé muy bien qué pinta dentro de la trama, señor...

El inspector cerró tajante aquella improvisada intervención:

-Llévense a la Jefatura, a ver qué le sacan. Y tú vete a descansar, niña, te hará falta.

-Sí, señor, queda mucho que limpiar, demasiados aficionados...

A Renato le fue imposible escuchar el último comentario de su adorada Dafne, le conducían a empujones hacia el vehículo policial. De un local cercano salían las notas inconfundibles de “Insensatez”, al instante percibió que la melodía desafinaba en uno de sus acordes e hizo intención de girarse hacia atrás para atender mejor. A él no podría ocurrirle eso, era... un profesional. La música siguió sonando mientras se alejaba, desafinada...

# Capítulo IV

## S O M B R A S

A Renato también le resultó imposible distinguir aquella otra sombra que vigilaba muy cerca de él, a escasos metros de la escalinata de la catedral. El chino se había ocupado en camuflarse lo mejor posible para asegurarse que las órdenes de Argos se cumplieran y así garantizar el éxito de la misión; tenía adquirida sobrada experiencia en este tipo de empresas para ignorar los riesgos de encargárselas a aficionados y necesitados de dinero rápido. No todo era tan fácil y no era la primera vez que le habían intentado estafar con una tarea incumplida. El chino se apostó entre las sombras de las acacias que bordeaban la orilla del paseo y siguió los movimientos de su contratado de turno; vio al italiano, que aguardaba en medio de la noche, demasiado expuesto y demasiado nervioso, cuando salió en pos del hombre que había de eliminar. Desaprobó su paso errático, dubitativo...

-. . . ¡Otro aficionadillo! –se dijo.

Pero cuando le vio acelerar y adelantar a la víctima sin ejecutar el plan, el chino maldijo su suerte en silencio. Aguardó a que el aficionado se alejara lo bastante para que no se volviera y pudiera reconocerle; luego salió a interceptar el paso del hombre del bolso, con la mano en la sobaquera, donde llevaba preparada su arma con silenciador.

El hombre del maletín giró la vista hacia el chino, que se aproximaba a pasos agigantados, pero no tuvo tiempo de reaccionar y el gesto de interponer el bolso frente a la pistola que le apuntaba fue inútil. Dos disparos en el pecho finalizaron la misión. El hombre rodó sobre sí mismo y cayó sobre el duro muro de piedra que marcaba la frontera con el río. Luego el chino se asomó a la balaustrada para asegurarse del trabajo hecho, enfundó el arma de nuevo en el costado de su chaqueta y se alejó del lugar; aún le quedaba otra misión, más placentera. También él se encargaba de cobrar un particular tributo a los empleados del gran Argos, por algo era su mano derecha. Había llegado una nueva bailarina que enseguida iba a conocer quién era el que mandaba allí y la clase de

favores que estaba obligada a satisfacer si quería ganarse el sustento entre ellos.

El chino abrió la puerta del apartamento de Dafne sin demasiado cuidado, guardaba copia de cada una de las casas que tenían alquiladas y había decidido pasar una noche de placer en compañía de aquella bella mujer; imaginó que era un modo inmejorable de dejarle las cosas claras en cuanto a los ajustes del precio del alquiler. Sí, le gustaba aquella belleza exótica y elegante a la vez, para poner colofón a la jornada.

Dafne no oyó nada, se encontraba preparando su baño ritual. Había abierto el grifo y puesto a cargar la bañera, mientras acababa de desvestirse, cuando la silueta pequeña y fibrosa del chino apareció por el hueco de la puerta entreabierta del baño. Dafne dio un respingo de sorpresa, tratando de ocultar su cuerpo, envuelto aún en ropa interior. El chino sonreía mientras se acercaba...

-Hola, muñeca –saludó, socarrón-, he pensado que podíamos celebrar tu estreno en el negocio...

Se abalanzó sobre ella, pero Dafne le esquivó, aunque la agilidad del chino y la estrechez del cuarto de baño le mostraron la inutilidad de sus esfuerzos por rechazar su acoso; consiguió salir al pasillo y acceder a la habitación, pero con el chino a sus espaldas, que ya le había agarrado de un brazo y tiraba con fuerza de ella hacía él.

-.¿Qué hace? –Dafne se quejaba- Déjeme, por favor, no...

-Anda, no seas tonta –el chino no dejaba de forcejear y reír-, forma parte del contrato, vamos a pasarlo bien...

El chino y Dafne engarzaron sus brazos, mientras sus cuerpos se doblaban sobre la mesa de la sala y todos los objetos que reposaban en ella rodaban por el suelo. Cayeron juntos sobre la silla que acabó rompiéndose y, revueltos en el suelo, la mirada del chino se topó con el bolso abierto de Dafne, del que habían salido una pistola y un carnet en el que enseguida reconoció el anagrama de la policía.

-.Pero, ¿qué es esto? –las risas del chino acabaron de repente.

Un gesto serio ofuscó el semblante hasta entonces divertido del chino, que soltó a Dafne y se incorporaba echando mano al costado donde ocultaba su arma. Dafne lo adivinó, sabía que tenía que ser rápida, le iba la vida en ello. Estiró el brazo y recogió la pistola que había llevado en el bolso. Antes de que el chino lograra desenfundar le acertó de lleno en el pecho con un solo disparo. El cuerpo del chino quedó tendido en un charco de sangre, junto a ella, entre un revoltijo de ropas y objetos desperdigados por el suelo. Dafne, a punto de un ataque de ansiedad, salió a la carrera por el pasillo, sin caer en la cuenta de que andaba en

paños menores; sabía que una patrulla de vigilancia le esperaba en el extremo de la calle, era un caso urgente...

# Capítulo V

## NUEVO DESTINO

El teléfono sonó con intempestiva estridencia cuando se disponía a entregarse a su cotidiano ritual del baño, casi agradeció que lo hiciera antes de haber entrado en la bañera. Al otro lado la voz aguardentosa del inspector Ferdinand le inquiría con ese tono que tanto le intrigaba cuando se dirigía a ella empleando aquella anacrónica expresión infantil...

-¿...No interrumpo, verdad, niña?

-Dígame.

-Verá, Lucinda... -sólo el inspector francés era capaz de tratarla de usted y como una niña al mismo tiempo; paradojas del idioma o tal vez del cargo. Pero enseguida supo que se trataba de buenas noticias, porque así sólo la llamaban los más allegados, los amigos y la familia de España.

Las palabras del Jefe de la Gendarmería Central no podían ser más halagüeñas. La operación policial que ella misma había provocado le dejaba un balance de lo más positivo: se había desbaratado una importante red de tráfico de droga internacional. El chino era una de las cabezas principales, habían detenido a Argos, el gigante negro, que no era más que un mero ejecutor de un brazo aún más largo, así que se imponía que ella desapareciera del campo de la batalla. Había logrado inmiscuirse en aquel último año, después de intentarlo durante otros tres, dentro de la organización, aunque en una leve capa de la superficie exterior. Obligada por las nuevas circunstancias a acabar con la vida de uno de los cabecillas, se convertía en un punto vulnerable que obstaculizaba el seguimiento de la operación; hasta ahí llegaba su parte en la misión. Acogió con agrado el fin de su estancia en el país galo, por fin regresaría a casa, dejaría de ser la agente Dafne para recuperar su verdadera identidad... Por fin ella misma, por fin Lucinda.

Luz dejó caer la toalla, sin soltar el auricular, mientras introducía un pie en el agua. Aún siguió escuchando más sorpresas de boca del inspector francés. La destinaban a casa con el pretexto de un nuevo caso todavía por desentrañar: la desaparición de la señora Le Notre, dueña de una extensa cadena de almacenes de alimentación. Los familiares de la

desaparecida habían solicitado la investigación, acuciados por afrontar los desórdenes legales que ocasionaba la ausencia de la principal propietaria que, ya de avanzada edad, con tratamiento psicológico y afincada en España, no daba señales de vida en los dos últimos años. A Luz le pareció un típico caso de búsqueda y rastreo, menos complicado que lo que hasta ahora la había ocupado, pero le contentó el hecho de que trabajo no le iba a faltar, de que seguía dentro del programa de intercambio y colaboración.

Sin embargo la mejor noticia que Lucinda pudo recibir fue el anuncio de unas merecidas vacaciones a partir de la mañana siguiente, después de escuchar los halagos y felicitaciones del inspector que aprovechaba la ocasión para despedirse y manifestarle su contento y satisfacción por la labor discreta y de seria profesionalidad que mantuvo en todo momento entre ellos.

Lucinda brilló de emoción por un instante ante tanto derroche de atenciones. Los franceses eran inigualables para eso, reconoció. La ocasión se presentaba oportuna para acercarse a visitar a su padre, a quien no había vuelto a ver durante todo este tiempo.

-...El billete de avión que sea para Madrid, inspector, del taxi me puedo encargar yo, ¿le parece?

-No habrá inconveniente, niña, mañana lo tendrás ahí junto con tus cosas...

Lucinda aceptó la expresión esta vez con agradecido reconocimiento por el caballeroso trato dispensado por Ferdinand, su superior francés. Ya con los dos pies dentro de la bañera ultimó en su mente los detalles del equipaje. No podía acercarse a su ático, acordonado ahora por los agentes que trabajaban en el caso, así que aquella noche dormiría en la casa de una compañera y, a la mañana siguiente, le traerían sus pertenencias personales. Tendría tiempo de prepararse para su vuelo del mediodía. Lucinda trató de corresponder y devolver un cumplido agradecimiento, pero la risa aguardentosa de su ahora ex-jefe rompió el nudo de emoción con un distendido: “¡Suerte, niña!”, al que ella correspondió con un breve “¡Salut!” de despedida, que la devolvió a una realidad más sosegada.

Ahora sí, Luz se dejó hundir hasta el cuello en la espuma que amenazaba con desbordarse de la bañera. Parecía flotar, casi volaba ya hacia casa... Se imaginó que también su padre, el inspector Ródenas, iba a alegrarse mucho después de aquellos últimos tres años en el extranjero, que tendría tantas ganas como ella de volver a encontrarse con su Lucinda.

Para el inspector francés, sin embargo, la despedida de la agente Dafne fue el primero y el más grato de los asuntos que atendió en aquella jornada, que no prometía continuar la misma racha. Nada más colgar el teléfono, el siguiente asunto al que tuvo que hacer frente fue otra de las acostumbradas visitas de los familiares de Le Notre; en cuanto oyó el nombre de Memo, que respondía al de Guillaume Le Notre Pratmarsó, lamentó que no todo fueran alegrías. Le desagradaba aquel muchacho de apariencia desarreglada, descarado y juvenil, que mudaba el carácter en cuanto abría la boca y enseguida perdía las formas. Al inspector no le cabía duda de que, fuera de aquellas dependencias, a la menor ocasión de registrarle los bolsillos, no tardaría en dar con la causante de aquella exagerada hinchazón de las aletas de su nariz, la prueba de que lo que esnifaba aquel individuo era más fuerte que sus enfados. Ferdinand escuchó sus alaridos mientras pensaba en la capacidad de cambio que poseen las personas; seguía repitiéndose para sus adentros que gritar más alto ni daba la razón ni ayudaba, se lo repetía a sí mismo, una y otra vez, a modo de lección de refuerzo, para acallar la ira con que le provocaban. Había que pasar aquel trago, otros casos aguardaban su turno. -...Gajes del oficio –les dijo con la mirada a los oficiales de su equipo, que le acompañaban mientras aguantaba el embate de improperios.

Todavía tardaron poco menos de una semana en cotejar todos los datos, hechos y pruebas para comprobar que aquel pianista italiano no encajaba en ninguno de sus rompecabezas. Al inspector francés le costaba creer que la casualidad jugase un papel tan preponderante en ciertas circunstancias. Nada ligaba a aquel músico en paro al grupo del chino y del gigante Argos, salvo la posibilidad de un contrato de animador musical en su local nocturno, aunque sin la firma que cumplimentara su efectividad. Y sí, las coincidencias existían, como podía constatar, hasta el punto de contribuir a su presencia casual frente a la puerta de la agente Dafne. Una vez se aseguraron de todos los cabos atados optaron por devolverle a la libertad.



# Capítulo VI

## OTRA CANCIÓN

Renato presintió que saldría de aquella encerrona, supo con una especie de certeza casi mortal que su suerte dependía de lo callado que pudiera ser capaz de mantenerse, que tenía que permanecer mudo en todo lo referente al tema de la pistola que el negro Argos le proporcionó; el crimen no había llegado a cometerlo y un cierto alivio vino a aminorar su preocupación para transformarla en un susto, tremendo, sí, pero tan sólo un susto. Quedaba en libertad, pero bastante hastiado del acontecimiento sufrido, magullado y escarmentado del fatal desenlace que podría haber desencadenado de haber concluído con éxito su denigrante misión; en lo sucesivo evitaría ese tipo de salidas fáciles, a pesar de que por delante le esperaba una difícil disyuntiva.

Deambuló de nuevo por las calles de un París ahora más vacío aún si cabe, ya que los medios con los que contaba para subsistir eran nulos. No podía hacer frente a su penosa situación, pero no quería pensar; necesitaba ver gente, sentirse rodeado del murmullo de las calles, de la presencia del gentío. Un sandwich empezado que recogió de una terraza de Montmartre le sirvió de desayuno y medio croissant abandonado en otra mesa de Pigalle fue su único almuerzo ese día; a medida que la tarde avanzaba la afluencia de tráfico se intensificaba por Pigalle y los locales nocturnos abrían sus puertas a un público ávido de espectáculos más calientes. Una chica le abordó al pasar frente a uno de ellos, pero Renato se apartó cruzando a la otra acera, sorprendido por el repentino ataque; luego reflexionó y volvió sobre sus pasos, tal vez no fuese mala idea encontrar consuelo y cobijo entre los cálidos brazos de alguna mujer generosa. La misma chica le reconoció y, sonriente ante la inminente captura, le engarzó por el brazo mientras, en la otra mano le mostraba la invitación que abonar para entrar al espectáculo erótico. Renato vació sus bolsillos y dejó al descubierto el forro vacío, lo suficiente para que la muchacha cambiase el gesto en desagradable rechazo, defraudada por un falso cliente. Tampoco a ese calor parecía tener derecho el músico italiano; si la sola expectativa de dormir entre los vagabundos le atraía poco, menos dispuesto estaba todavía a tener que rebuscar entre los

contenedores de basura como solución a su inmediato porvenir, así que encaminó sus pasos hacia el barrio Latino al caer la tarde. Sin ni siquiera calderilla que tintinear en los bolsillos estaba a punto de saltarse los controles para acceder al interior del metro, pero desistió del intento cuando a un grupo de jóvenes, que se le habían adelantado, les persiguieron al instante los agentes camuflados de paisano que vigilaban los accesos. No deseaba rellenar tan pronto el currículum que la policía gala le había iniciado, así que decidió afrontar un largo paseo.

Ya anochece cuando se adentró en el bullicio de las calles del barrio Latino. Las velas encendidas iluminaban las mesas en el interior de los restaurantes, donde los clientes compartían y saciaban su apetito en compañía; la oscuridad no era obstáculo, al contrario, daba amparo a otro tipo de gentes, que frecuentaban la ciudad a partir de ese momento. Era el momento de seguir divirtiéndose, de una diversión diferente. Escudriñó alguno de los establecimientos con la intención de esquivar la vigilancia y conseguir algo que llevarse a la boca, pero la empresa de eludir al recepcionista de la entrada resultaba hartamente difícil, casi imposible. En una de las ocasiones casi lo había logrado cuando un comensal que estaba grabando en vídeo la cena de sus compañeros le delató al maître que, airado, no dudó en correr tras él. La huida sin recompensa todavía se dejó notar más en la boca del estómago; la carrera le había dejado exhausto, le había llevado hasta un local de tenue iluminación... La música salía de abajo y la gente se amontonaba a la entrada y en los pasillos, con las copas en las manos; allí no era necesario pagar antes, así que accedió al lugar y recorrió los entresijos de lo que había sido un antiguo caserón, reconvertido en multitud de clubs nocturnos donde la gente se agolpaba para disfrutar los estilos de música más variados. Bajó los peldaños de la primera escalera que encontró; la gente se sentaba en los escalones y él se apostó debajo del descansillo, detrás de una pareja que había olvidado sus cervezas, obsesionada en besarse. Al fondo un grupo de músicos interpretaba en directo temas de jazz.

Renato escuchó con atención, aquello era lo suyo; se puso cómodo, se sentó en el suelo, en un rincón detrás de los altavoces, dispuesto a disfrutar de la actuación, tras dar buena cuenta de las dos cervezas de las que se apropió y que, con el estómago vacío, no tardaron en surtir su efecto sedante.

Nadie se apercebía de aquel cuerpo dormido tras los enormes altavoces y, al finalizar la velada, el local cerró hasta la sesión del día siguiente. Renato amaneció en aquel mismo lugar, entumecido y con un insoportable dolor de cabeza. El italiano se dio cuenta de que estaba

encerrado, lo habían olvidado allí dentro y, antes de que llegasen las limpiadoras a adecentar el sitio, exploró el local en busca de algún alimento, aunque sólo encontró bebidas. Para entretener el tiempo se acercó al piano que descansaba en una de las esquinas, levantó la tapa y jugueteó con las teclas; no andaba tan desafinado como su aspecto sugería.

Tan ensimismado se encontraba sacando acordes a aquella reliquia que no sintió la presencia del propietario del local que acababa de entrar; empuñando el palo de la fregona con las dos manos se asomó al escenario donde Renato improvisaba... Cuando el pianista le vio reconoció a uno de los músicos de la noche anterior, pero no se sorprendió, siguió tocando, con aparente concentración.

-¿Se puede saber que estás haciendo? –el músico barbudo no soltaba la fregona.

-...No es una pieza fácil. También puede tocarse así, escucha... -Renato cambió el registro y, subiendo una octava, el tema adquirió un aire jazzístico que casaba con el estilo empleado por el grupo que había tocado allí la velada pasada- Suenan mejor...

El de la fregona se apoyó en la barandilla de la escalera.

-Estás loco, tú, pero tocas bien.

-¿Te atreves con el saxo? –le retó el italiano- Te estuve viendo anoche, anda, no me digas que no puedes.

El barbudo tiró la fregona al suelo con violencia, mostrando su gesto de enfado. El estruendo obligó a que Renato cesara en el momento de seguir golpeando ritmos en el piano.

-¿Pero se puede saber qué haces, loco del demonio? ¡Te parecerá bonito entrar aquí sin permiso y toquetearlo todo! El material que hay aquí vale una fortuna y tú vienes a utilizarlo y a burlarte...

En ese instante entró al local otro de los componentes de la banda musical. Renato reconoció al rubio musculoso de la batería.

-¿Qué es esto? –se extrañó por la situación.

-...Este entrometido que aporrea nuestros instrumentos como si fueran suyos –le aclaró el barbudo.

-No entiendo, ¿pero de dónde ha salido?

-...Me quedé dormido anoche, lo siento, pero no he robado ni estropeado nada. Estaba curioseando nada más, también me gusta la música, ¿sabéis?...

Los músicos se miraron.

-Sí, es cierto lo que dice –aseveró de nuevo el barbudo-, estaba sentado al piano cuando llegué y no lo hacía mal.

-...A verlo –desafió el batería, sentándose entre sus platillos mientras manipulaba las baquetas.

Renato sonrió ante el desafío, dispuesto a emplearse a fondo. Se volvió a sentar al piano e interpretó una versión de “Take five” que poco a poco fue derivando en un ritmo afro para acabar sonando latino; el rubio y el barbudo siguieron los compases con los pies, atentos y deleitados por el ingenio creativo del italiano. Cuando llegaron el bajista y el guitarra, el resto de integrantes, le encontraron en plena exhibición y, ya el grupo con todos sus miembros al completo, le pidieron un tema, otro y otro; le aplaudieron en “Lullaby of the Birland”, vitorearon con “Once i loved” y, cogiendo sus respectivos instrumentos, acabaron interpretando juntos una versión libre de “Blue bossa” un tanto alocada, pero en la que se divertieron una enormidad. Desde ese día Renato asistió cada noche a las actuaciones del club, ayudaba en la limpieza y en la barra del mostrador, sirviendo o recogiendo copas; terminó participando en los ensayos, a petición del saxofonista de la barba, quien lanzó la sugerencia de que la banda mejoraría ampliándola con un teclista. El italiano no terminaba de creerse que dos días antes se encontrara hundido en la miseria cuando el mismo propietario le propuso, a la vista del éxito logrado por su propio mérito, formar parte de la banda musical y acompañarles en sus giras.

-...¿Giras?

-Sí, claro, amigo: Deauville, las Landas, Biarritz, San Sebastián, Vitoria, Bilbao, Santander, Gijón, hasta Galicia, incluso Madrid...

A Renato sólo le faltó saber bailar; se frotaba las manos, encantado de su buena estrella...

# Capítulo VII

## MALENTENDIDO

No era de extrañar que al doctor Edouard le resultase más atractivo el suave clima de la costa, sobre todo después de pasar el resto del año enclaustrado en el rutinario bullicio de la capital. El trayecto que separaba ambos destinos era casi de cinco horas de viaje para aquel tren de alta velocidad de las que llevaba sentado ya más de la mitad, entregado a una callada concentración. Tan ensimismado andaba en sus hondas cavilaciones que aún seguía con la gabardina puesta, los últimos meses de trabajo habían requerido de especial dedicación y ahora se cobraban el exceso de la factura. Para un psiquiatra de prestigio, además, esto significaba poner en marcha los mecanismos de acción que cada día ensayaba con sus pacientes, aunque era el primero en reconocer lo dificultoso de predicar en el ejemplo.

Primero fue la señora Douglas, un caso típico de manía persecutoria, ya había resuelto antes situaciones si cabe más complejas, aunque no en una paciente tan adinerada. Luego llegó la viuda de Lenotre, dueña de una gran cadena de supermercados, pero condenada a una artritis feroz que le deformaba los huesos, una anciana prematura poseída por fantasmas del pasado, oscuras huellas de una juventud marcada por la miseria y la promiscuidad. En estos casos los tratamientos farmacológicos constituían el remedio idóneo. La enferma delegaba su voluntad en el medicamento, aliviada así de mayores responsabilidades. Pero el caso de Lisa Rivère, el último que le había ocupado, al mismo tiempo que le había entusiasmado como profesional, le había sumido en una especie de controversia cruel consigo mismo. Le atrajo el desenfado de su juventud, su influenciabile capacidad de dejarse impresionar. Todos los desamores de Lisa se fundamentaban en el egocéntrico interés que motivó a sus pretendientes. Cuando se casó con el barón Bigongiari creyó que con el tiempo superaría cualquier diferencia derivada de edades tan distantes, pero hasta el viejo barón se permitió la licencia de marcharse con la primera que aceptó tontear a sus requerimientos. No existía fortuna en el mundo entero capaz de otorgar la dicha que la elegante señora Rivère ansiaba, a pesar de que sus cuentas bancarias precisamente gozaban de la mejor

salud. No, sus penas no tenían precio, no se trataba de eso... El profesor Edouard la atendía con pulcritud, sí, la escuchaba y, atento, inquiría sobre algún detalle para ella imperceptible, siempre con unos modales exquisitos. La señora Lisa necesitaba que alguien le prestara atención y si había de pagar para ello lo haría con uno de los mejores especialistas de la ciudad.

Al doctor Edouard no se le escapaba esta clara predisposición de su paciente, pero con la maestría propia de un malabarista circense sabía dónde encauzar sus temores, dónde ayudarle a descargar sus tensiones y dónde invertir las cuantiosas primas de sus consultas. Conocedor del terreno, jugaba con fuego, pero hábil en la suerte de inventarse salidas, conseguía imprimir confianza y ganarse la credibilidad del cliente.

Era mediodía y hacía calor en el vagón. Se levantó del asiento para quitarse la gabardina y, doblándola sobre sus rodillas, volvió a sentarse. Sin embargo, con Lisa le ocurrió algo que nunca antes había sucedido en toda en su carrera. Tal vez fue por eso, porque también era joven y bella o tal vez porque, desde que se divorció de su esposa, no sólo había sido incapaz de estar con otra mujer, sino que incluso le había resultado imposible confiarse a alguna. Se refugió en el trabajo, desmedido, casi disfrazado tras una máscara de profesional riguroso, enmascaró sus necesidades, sus apetencias, hasta el más leve atisbo de afecto. Por eso la relación que surgió entre ambos le asustó tanto. Lisa se entregaba, impredecible e insegura, sostenida tan sólo por sus peroratas de estudiado efecto y eso a él le vaciaba, le provocaba un obsesivo acúmulo de sentimientos encontrados que, después de cada sesión, al finalizar cada relación, le recordaban con crudeza la fragilidad de su disfraz. Por ello se vio obligado a poner fin a la perjudicial tensión de aquella encrucijada.

Los viernes eran el único día de la semana que no había consulta de tarde, siempre tenía a mano la excusa de la ingente cantidad de informes que actualizar. Además, el fin de semana le pertenecía, viajaría al apartamento de la costa para renovar aires... A través de la puerta del compartimento divisó una pareja de policías y entonces cayó en la cuenta de que aún llevaba el abrecartas de metacrilato en el bolsillo de la gabardina. Se incorporó despacio y abandonó el vagón por la otra salida. Abrió con urgencia la ventanilla y tiró el puntiagudo abrecartas, la gabardina delataba manchas de sangre... Sintió tras de sí la puerta que se abría, los gendarmes llegaban y no podía articular palabra... Ya la habrían descubierto, acribillada, acuchillada en un charco de sangre en el pasillo de su casa, entre las ropas que esparció por el suelo en un intento de simular un atraco desesperado. Un nudo le aprisionaba la garganta,

sudaba, lo sentía, ahora iba a decir sólo que lo sentía. Por eso cuando oyó atrás la voz del policía...

-¿...Me permite, señor?

-Lo siento...

Se giró lento, impávido, dejando caer a sus pies la gabardina ensangrentada. El policía entró al servicio y el otro compañero le conminó en tono amable...

-Gracias, ¡tenga cuidado!...

El doctor Edouard se agachó a recoger la gabardina y, componiéndose el rostro, regresó a su asiento...

# Capítulo VIII

## VACACIONES EN FAMILIA

Lucinda aprovechó aquellas vacaciones de regreso para visitar la capital, sin duda también Madrid habría cambiado, como todo. Hacía bastante tiempo que no veía a su padre, desde mucho antes de su estancia parisina, y era una buena oportunidad para pasar cuatro largos días en su compañía, intercambiando pareceres e impresiones, mientras su próximo trabajo se lo permitiera. Le gustaba llamarle así, padre, aunque nunca conoció a su padre verdadero, que desapareció antes de venir ella al mundo; pero desde el principio veneró a aquel hombre que siempre acompañó a su madre y ejerció el papel de padre lo más próximo a la perfección que se pueda intentar, al menos lo suficiente para desterrar de su diccionario personal la abominable palabra de padrastro. Lucinda agradeció el gusto tranquilo de su padre y que se hubiera trasladado a las afueras de la ciudad, de este modo pudo evitar así adentrarse en el intrincado mapa del bullicio urbano. Además, del aeropuerto a Los Llanos, un taxi tenía más fácil acortar las distancias. En Los Llanos la vida descansaba de los ajeteos, aunque con su profesión, esta apariencia de paz era apenas un espejismo, pero ya era algo al menos.

A Lucinda, no obstante, su estancia le supo a poco; para su padre era distinto, al menos así lo creía ella, ya que en un hombre se consideraba más habitual el desapego. Pero desde la muerte de su madre notó un cierto aire de derrota en él, tal vez la secuela inevitable de los años, aunque aún estaba de buen ver a sus cincuenta y seis años, lo que se dice un maduro muy interesante. Hablaron de muchos asuntos pendientes, incluso de trabajo; a ella le gustaba escuchar el lado profesional de un Inspector Jefe tan cercano. Aún recordaba el enfado que le costó a su padre admitir su decisión de hacerse, primero, policía; no tanto como después, detective. Lucinda sospechaba que no era a causa de los gastos ahora inútiles que acarrearón sus estudios de Danza y Canto, sino que más bien se inclinaba hacia un no del todo bien entendido concepto de seguridad con respecto a una chica, a una mujer de su tiempo. Pero era su vida lo que contaba y, aunque disculpaba al inspector Ródenas su afán de



protección paternal, ella no estaba dispuesta a prescindir de experiencias por falsos miedos infundados. Por eso al cumplir la mayoría de edad, con dieciocho años, se trasladó a Santander, el lugar del que provenía, su ciudad natal; la ausencia de su madre desató una inusitada necesidad de enraizarse, de volver a los ancestros, al lugar donde dio los primeros pasos, donde anidaban los recuerdos cuando aún eran una familia unida.

Tuvo mucho que ver el nombramiento de su padre como Inspector Jefe con el traslado de Santander a la capital, a Madrid, ambos hechos iban indisolublemente ligados. Casi coincidió al mismo tiempo con su entrada al Conservatorio de Música y con las clases de baile; siempre había gozado de buen oído, de entonación y ritmo musical, se movía con gracia y se le daba bien el canto desde pequeña, por lo que aprovechó que vivía también en pleno centro de la ciudad madrileña, donde la diversificación de oportunidades era más variada, para iniciar los estudios con apenas ocho años. Aunque los comienzos fueron duros mientras la adaptación se sucedía, lenta y de forma gradual, algunos de sus sueños de niña parecían irse cumpliendo casi como un regalo caído del cielo.

Sin embargo, de aquella inocencia de artista primeriza a la placa de la Luz Margot detective que figuraba en el portal, a la entrada de su gabinete privado, se había producido un circunstancial rodeo. Un nubarrón muy negro vino a eclipsar la novedad de aquel cielo que se mostraba hasta entonces prometedor: la desaparición de su madre, la otra Luz Margot, la original, aquello fue el detonante...

El recuerdo que le quedaba de su madre era el de una mujer muy bella, inteligente y de gusto refinado, exquisita, que lo mismo cambiaba unos pañales o planchaba la ropa, que acudía puntual a los ensayos de teatro donde volcaba su pasión arrolladora, inquieta, vital. Sí, su madre era así, de ella había heredado su nombre y el apelativo cariñoso de Lucinda, que tanto le prodigaba y, también, aquella sensibilidad gestual y vocal, esa inclinación hacia el arte; su madre se lo había repetido de continuo, desde niña. La recordaba mientras cantaban juntas, imitando personajes mientras desarrollaba la acción de una historia, con una mímica inventada, que fascinaba su atención y despertaba su curiosidad. En sus cuidados gestos de actriz desplegaba un mundo que se abría rico de posibilidades para una niña ávida de juegos, sólo que la Lucinda actual no sabía distinguir el arte si pasaba hambre, en eso era más práctica que Luz Margot, su madre. También eso influyó cuando decidió ser policía; ahora en muy raras ocasiones se atrevía a enfrentarse con una partitura o a ensayar unos pasos y, aunque a veces cantaba o, a solas, bailaba al

amparo de un lugar cerrado o en la intimidad de su casa, descartaba del todo llegar a hacerlo de modo profesional algún día.

Aunque el traslado a la capital transfiguró sus vidas asumieron el reto, conscientes de que el nuevo camino se construiría a expensas del anterior. Su madre no se arredró frente a las circunstancias y, a pesar de desconocer las gentes y lugares, enseguida buscó su cauce de salida. A las pocas semanas ya estaba apuntada en una asociación de amigos del teatro y, apenas tardaron unos meses en reconocer sus aptitudes artísticas, para contar de fijo con ella, para las actuaciones a realizar dentro del año, en colegios o instituciones públicas de la ciudad. Lucinda asistía a las clases de canto y danza del Conservatorio municipal; el inspector Ródenas, estrenaba nuevo despacho, nuevas responsabilidades y más amplio horario; y mientras, su madre artista atendía las labores de casa, estudiaba algún papel de su interés en la breve tranquilidad que permitían los quehaceres domésticos, antes de asistir a los ensayos semanales de la modesta Compañía donde volcaba su talento de actriz. Todo parecía ir adquiriendo visos de normalidad, ajustándose al nuevo rumbo. Pero luego, cuando ella desapareció, nada volvió a ser como antes; notaba su falta, todavía hoy su vida adolecía de ese contrapunto que transformaba las obligaciones con un hálito casi mágico.

Lucinda, ahora convertida en una verdadera mujer, no podía calibrar el alcance de las relaciones que mantenían entonces sus padres, a ella esos detalles le pasaban desapercibidos. Era consciente de que los problemas entre parejas eran algo habitual, al igual que lo eran los arreglos o las reconciliaciones, pero lo cierto es que sus padres habían comenzado a distanciarse mucho antes de llegar a la capital. Su madre cedió, tal vez porque Lucinda era pequeña todavía, por permanecer junto a ella, ya que el inspector Ródenas, en realidad, no era un mal hombre, ni tampoco mal marido: descuidado con ella, demasiado despegado, obsesionado con su trabajo, pero era soportable, nada huidizo y más estable que el auténtico padre de Lucinda de quien nunca su madre habló a la chiquilla; quizás se reservó esa explicación para más adelante, para cuando una mujer pudiera comprenderlo de boca de otra mujer. Sin embargo, la fatalidad ahorró esa parte del proceso. Además, a su madre la capital le ofrecía nuevas alternativas con que llenar su vida y ella sabía hacer otras cosas, sabía actuar y mantenerse ocupada en divertirse como a ella le gustaba, con un buen libreto que interpretar, en el que dar rienda a sus recursos.

Al siguiente año de residir en la capital, su madre ya se hizo con el papel principal de aquella comedia clásica, con la que la modesta Compañía tenía previsto realizar una breve gira por los alrededores más

cercanos de la provincia. La niña Lucinda no podría olvidar nunca la tarde lluviosa en que su padre se lo comunicó... Llevaban unas intensas semanas de lluvias con la primavera ya avanzada, su madre volvía con el contable de la compañía teatral, regresaban en automóvil de la localidad donde acababan de finalizar la última función de la tarde. La crecida del río con las lluvias convirtió en un lodazal los bordes de la carretera comarcal poco acostumbrados a tal avalancha de agua; el barro inundó aquel terreno pedregoso y el firme cedió a su paso: la carretera se fue ladera abajo arrastrando al vehículo con sus dos ocupantes que, desprevenidos en la oscuridad de la noche y del temporal, sucumbieron en el cauce del río. Fue una noche de intensas búsquedas, se movilizaron todas las guardias, incluso las de relevo, para tratar de localizar el cuerpo de la esposa del Inspector Jefe, hasta que apareció a la mañana siguiente, ahogada, catorce kilómetros río abajo.

Para el inspector Ródenas aquel no era un capítulo que le resultara precisamente grato de recordar. Pero la visita de su hija Luz sirvió para repasar momentos más y menos agradables de su vida en común y, también, de la que cada cual llevaba después de aquel hecho que, de alguna manera, servía de punto de inflexión en el discurrir de sus balances personales. Ródenas admiraba el valor de Luz para abrirse paso por sí misma en un medio tan hostil; él conocía bien ese mundo del que, en cierto modo, ya había comenzado, si no a huir, al menos a protegerse. El breve reencuentro con su hija funcionó a modo de oasis balsámico, dentro del caos de trabajo que le atosigaba hasta embotarle los sentidos; se alegró de los triunfos de su hija entre sus idas y venidas y, también, compartió con ella sus tensiones de profesional. Intercambiaron criterios sobre el nuevo caso que iba a ocupar a Luz, a partir de ese momento. El inspector le aconsejó, en este sentido, que constituía un factor primordial para el caso la localización del psiquiatra que había puesto tratamiento farmacológico a la millonaria francesa desaparecida; era un aceptable comienzo que podía abrir posibilidades. También le habló de él, del último caso con el que andaba de cabeza y que ahora requería de todas sus atenciones. No obstante, no iba a dejar que aquello impidiera prestarle a ella la dedicación que le correspondía...

# Capítulo IX

## ANOCHÉ EN EL LAGO

-...Anoche en el lago.

-¿Es entonces cuando lo encontré...?

-Sí, lo encontré anoche en el lago...

Aguantaba cada embestida de preguntas con una fría parsimonia; su voz pausada no vacilaba.

-Pero, ¿puede saberse...? -el agente que interrogaba moderó el tono- ¿...Qué hacía usted allí a esas horas, oiga?

-Vuelvo a repetirles, señores, que nací aquí en Los Llanos, a orillas del lago. Vivíamos junto al aserradero, mi padre trabajó allí. Cuando lo cerraron tuvimos que marchar a Calton, yo entonces tenía catorce años. Soy profesor de literatura en el Instituto de Calton y vengo a Los Llanos siempre que tengo ocasión. Me gusta pescar, ¿sabe?... en el lago se dan unos barbos excelentes, conozco la zona.

Al otro lado de la cristalera el inspector Ródenas escuchaba contemplando la escena con una atenta pulcritud de cirujano, mientras el Jefe de Policía le relataba los pormenores del hallazgo.

-Días atrás ya nos habían alertado. Algún cazador de patos divisó una columna de humo. La patrulla que envié al lugar le encontró tirado en el suelo, desvahído, junto a uno de esos bultos negros de plástico. Pero enseguida se reanimó en la Central, ese café de máquina hace hablar hasta a los mudos...

Cuando llamaron a la puerta, ambos se volvieron. Era el agente responsable del reconocimiento que traía las últimas novedades...

-Adelante, teniente, ¿hay algo nuevo?

-Señor, hemos hallado restos de su presencia en la cabaña contigua al aserradero, víveres, algunas conservas, latas de bebida y una fogata donde se preparaba pescado. También un viejo camastro, apolillado, con mantas revueltas; debía de pernoctar ahí, señor.

Sus miradas se volvieron al interior de la sala de interrogatorios. El hombre continuaba respondiendo al grupo de agentes sin muestras de

duda o inquietud, incluso sin ahorrarse todo tipo de detalles en su explicación...

-No, no tengo vehículo. El tren me deja en Los Llanos y el lago está cerca si tomas la desviación. De muchachos íbamos a pescar también por ese atajo. La noche pasada me adentré en el lago, llevaba varias horas con la caña quieta sin señal alguna de movimiento en las aguas. La suave corriente, imperceptible, mecía la espera en la barca, con los remos recogidos, cuando observé que el hilo se tensaba de súbito. Aquello era muy pesado, debía de haberse trabado en algo, así que tiré, aunque sin éxito. Sujeté firme la caña y remé hacia el aserradero, a duras penas conseguí arrastrarlo. Era un saco de lona negra, medio abierto; lo rompí con cierto reparo para ver el contenido... Pero sólo recuerdo que me desmayé, que caí sin sentido ahí donde me encontraron ustedes...

Al inspector Ródenas se le escapó un improperio tras la cristalera invisible:

-¡Maldito hijo de...!

El Jefe de Policía se dirigió al encargado del reconocimiento:

-Prosiga, teniente...

-Señor, se han encontrado dieciocho bultos como ese, lago adentro; no descartamos que aún haya más, los equipos de buceo están ahora rastreando la zona.

-¿...Y? -conminó con urgencia Ródenas.

-Cada bulto revisado, señor, contiene lo mismo: un cadáver de una persona, desmembrado, todos mutilados. En su mayor parte descompuestos, algunos sólo huesos, quizás los que lleven sumergidos más tiempo. Todos con una piedra de gran peso en su extremo para quedar anclados al fondo. Ese, el primero hallado debió de soltarse... Se trata de una mujer joven, rubia, probablemente sea la que desapareció en Bezin la semana pasada.

Al inspector Ródenas no le hizo falta escuchar más, era su turno. Cuando giraba el pomo para acceder a la sala del interrogatorio, el Jefe de Policía le dirigió unas palabras conciliadoras:

-Con calma, Ródenas...

El inspector se colocó frente al hombre sin otra arma que una especie de rabia contenida.

-¿Por qué nos miente, oiga...?

-¿Cómo dice? Les he contado todo lo que sé, la verdad...

El inspector se armó de paciencia:

-Hace cuatro años que usted no da clases en Calton, desde aquel asunto con una de sus alumnas. A ella nunca la encontraron, tampoco hubo

pruebas y al Juez no le quedó otro remedio que ingresarlo en un Sanatorio Mental. Más de la mitad de ese tiempo lleva usted fugado del Sanatorio, durante el que ha permanecido oculto a orillas del lago. Con total impunidad usted se mueve en tren desde Los Llanos a otras poblaciones de la comarca. La muchacha que descuartizó la noche anterior es la desaparecida que buscábamos; es seguro que comprobaremos los datos del resto de cadáveres. Tal vez el olor hediondo o un desvanecimiento de hambre o debilidad le impidió ayer completar el final de su macabra operación.

La mirada fija del hombre se tornó neblinosa y, cerrándose sobre sí, dejó que el peso de la barbilla se hundiera en el pecho.

-Ahora usted no va a regresar al Sanatorio. Por fin el Juez le enviará a la prisión para siempre -prosiguió el inspector sin tomar respiro.

-¡Llévensele, agentes! Aparten esta bazofia de mi vista.

Al salir de la sala. El Jefe de Policía le apretó el brazo con complicidad:

-Bien, Ródenas... ¿Un café?

-Se me quitó el apetito. Mañana será otro día...

-Hasta mañana, Ródenas.

Arrancó el auto y se dirigió a Los Llanos, sólo deseaba llegar a casa para descansar, tampoco cenaría esa noche, sólo dormir, olvidar tanto desatino. Ni siquiera se fijó en el amanecer, en el abanico de rosas y naranjas que teñía el cielo y que se reflejaba en las aguas calladas del lago.

# Capítulo X

## VUELTA A CASA

Hay algo más exasperante que un atolladero de coches a la entrada de la ciudad en hora punta el último día laborable de la semana. Después de más de cinco horas sentada al volante del vehículo que su padre le había proporcionado para el regreso, a Lucinda Margot le resultó abominable aquel energúmeno que no había cesado de violentar el ya de por sí escaso equilibrio de la calma en la tensa espera. El hombre hacía sonar la bocina de su vehículo con insistencia sin dejar de vociferar y agitarse en gestos y aspavientos con los brazos. Ella no podía oírle al otro lado del cristal; lo agradeció, pero imaginaba la sarta de juramentos que componían su repertorio; los leía en sus labios. Ahora le tenía precisamente en frente, en el carril central; esquivó la mirada intentando mantenerse ajena al malestar e indiferente.

Sin embargo, no pudo evitar dar un bote en el asiento, sin soltar las manos del volante, cuando la cola de un avión de pasajeros cruzó la autovía de entrada a Santander, casi echándose encima de los vehículos. Lucinda recordó que allí tenían el único de los aeropuertos a pie de ciudad que quedaban en todo el norte. Por unos instantes pensó que, en la próxima ocasión, no descartaría aprovecharse de esta situación para sus vacaciones, aunque enseguida volvió a ella el malestar de la tensa espera. Al fin y al cabo le daba igual trasladarse hasta allí, aguardar una hora antes y arriesgarse a que los horarios no sufrieran retraso, que salir en su vehículo y tardar lo mismo, con el beneficio de realizar pequeños descansos, espaciados a voluntad, cuando le viniera en gana.

Observó al conductor que, en paralelo a ella, había salido de su vehículo y se había despojado de la americana, dejando traslucir anchas manchas de sudor que asomaban por las axilas de su camisa y que le empapaban la espalda. Con los brazos en jarras estiraba el cuello en un intento de distinguir lo que sucedía entre tantos coches amontonados. Las luces de una ambulancia giraban parpadeantes... El voluminoso conductor se volvía hacia atrás en un gesto repetitivo, provocador, de buscar cómplices para el enfado de su causa; incluso consiguió que

algunos de los vehículos le acompañasen haciendo sonar al tiempo sus ensordecedoras bocinas. Entonces fue cuando Lucinda se apercibió de que tenía unas llamadas perdidas en el teléfono móvil, posado en el asiento del copiloto; con tanto estruendo resultaba imposible oírlo. Se trataba de un número desconocido, así que esperaría a llegar a casa para atenderlo con más calma.

Agradeció el alboroto iniciado apenas un instante cuando las hileras de coches comenzaron a moverse, primero lenta, pero enseguida de manera fluida. Las sirenas de las ambulancias sonaban alejándose, sólo quedaban las luces intermitentes de la policía y de los operarios de las grúas que acababan de retirar el camión que se había atravesado todo aquel tiempo en medio de dos de los carriles centrales de la autovía. Al pasar junto a ellos comprobó que al menos otro par de vehículos estaba implicado en aquel aparatoso accidente. Los agentes obligaban a avanzar sin dar opción de curiosear a los conductores más mórbidos, pero Lucinda no quiso mirar.

Al llegar al rellano del apartamento Lucinda posó las maletas, se dio cuenta entonces de lo cansada que de verdad estaba. Cuando abrió la puerta un aroma a aire limpio y ventilado le dio la bienvenida. Durante todo el viaje de vuelta había venido soñando con darse un baño relajante en su propia casa y ahora, a pesar del cansancio, por fin iba a entregarse a ello de pleno. Antes cerró las cortinas, se liberó de la ropa, arrugada y sudada del viaje, y colocó parte del contenido de las maletas en los respectivos cajones y estantes de los armarios. Dejó la bañera llenarse por completo con agua templada y echó al agua dos puñados de sales aromáticas, que al poco ya formaba una suave espuma rosácea. Así, desnuda, se paseó por la casa pasando revisión de los enseres, comprobando si seguían en su justo sitio o si Celeste, la chica mexicana que arreglaba la casa tres veces por semana, había hecho efectivo algún cambio novedoso. Se preparó una infusión de té a la menta en la cocina, lista para tomar cuando acabara su sesión de baño y desconectó el teléfono móvil. Luego, encendió el aparato de música, programó una selección de temas ambientales que puso en marcha a medio volumen, lo justo para escucharlo desde el baño. Al menos durante un par de horas no quería que nadie le interrumpiese ni estar localizable.

Lucinda se dejó hundir levemente entre la espuma que asomaba por el borde de la bañera. Un vaho neblinoso cubría toda la estancia que, junto a la atmósfera musical creada, contribuían forzosamente al abandono, invitando al sosiego; llevaba largas semanas deseando aquel instante y



debía llegar así y ahora, casi al final de sus vacaciones. Reclinó la cabeza y se tapó la cara con una toalla húmeda dejándose llevar, sin oponerse, dejando que la tensión acumulada de sus últimos pensamientos se derritiese hasta fundirse y desaparecer...

Poco a poco se dejó así distender, no supo por qué le vinieron a la mente las palabras de su padre en la última conversación; pensó en él, en lo que le había dicho. Le había hablado del caso que ahora iba a ocupar sus próximos días, meses tal vez; seguiría su acertado consejo, contactaría con el psiquiatra que su padre le había contado que atendió a la señora desaparecida. Reconocía que se trataba sin duda de una información valiosa, un dato importante que ayudaba a comenzar; sólo con su padre se atrevía a mantener ese tipo de confidencias profesionales. A su vez, el inspector jefe le había confesado la inquietud que una serie de desapariciones venía provocando a los habitantes de Los Llanos y sus alrededores. Ambos habían divagado con valoraciones y juicios morales en un intento por aclarar el hosco mundo en que se movían y que les rodeaba, hasta que su padre detuvo el hilo de los comentarios con un suspiro inesperado, aunque no extraño para ella...

-Nunca imaginé que estaría alguna vez hablando de estos temas con mi propia hija...

A Lucinda no se le escapó un oculto aroma a reproche ya conocido en tal afirmación y, sin amilanarse por las consecuencias probables que se anunciaban, atajó la atención de su padre con un espontáneo interés sobre la doble vida que algunas personas parecían sobrellevar con aparente naturalidad. Ella inquirió sobre las claves que llevaban a dicho comportamiento y sugirió la sospecha de que casi siempre se trataba de grandes personajes, es decir, de importante relevancia social: políticos, médicos, incluso policías...

-Me pregunto por qué este mundo no resulta peor aún de lo que es con todo lo que sucede a cada segundo: asesinatos, robos, violaciones, peleas que suelen empezar por una mentira, por engaños, miedos, falsedades...

-Luz proseguía con su análisis- ¿Acaso podremos impedir que eso ocurra algún día? Siempre existirá un asesino, un ladrón, un criminal que se atreve a disparar, a robar, a utilizar a una mujer, a las personas...

-Lo cierto es que somos un asco –aseveró su padre-. Muchas veces me avergüenzo...

La vívida rememoración de la conversación entre su padre y ella se esfumó igual de repentina que la espuma al aplastarse contra su rostro mojado cuando el teléfono del pasillo sonó con un estrépito inesperado...

-¡Maldita sea! -masculló, al caer en la cuenta de que era el único aparato que había quedado sin desconectar cuando planificó su relajado aislamiento. Lo dejó sonar y, sin levantarse, escuchó atenta el contestador...

-¿...Luz? ¿Margot, estás ahí? ¿...sólo quería saludarte? Bueno, sólo eso.

Era la voz de Donato: sólo había una persona capaz de llamarle a ella así, por el nombre de su madre, era el señor Donato. La llamada colgó y ella prosiguió su baño de descanso, aunque ahora menos confiada, a expensas de la suerte de que aquel teléfono no volviera a interrumpir su descanso. Volvió a sumergir sus párpados en el agua y esta vez le vino a la cabeza el recuerdo del veterano Donato, antiguo jefe de su padre, ahora integrado en la cúpula de Inteligencia Central, sí, uno de los grandes mandamases, de los que detentaban el poder en la sombra. Cuando murió su madre el propio Donato le había dicho:

-Yo soy tu segundo padre, Luz, ¿entendido? Recuérdalo, hija.

Y ciertamente que Lucinda nunca lo podría olvidar. No fue hasta muchos años más tarde, cuando ella iba a abandonar la casa de su padre en Los Llanos para regresar a Santander, cuando se lo dejó caer al inspector Ródenas en una de sus conversaciones. Tampoco olvidaba las palabras que su padre profirió entonces:

-Verás, hija, nada hay igual a un padre. Pero si algún día falto ve al señor Donato, puedes confiar.

# Capítulo XI

## FUGA EN EL LAGO

No era el procedimiento habitual, pero debido a las circunstancias de la detención el profesor había sido interrogado en las dependencias policiales de Bezin, las más próximas al lugar donde fue encontrado. Por ello debía de ser trasladado cuanto antes a la penitenciaría comarcal de Los Llanos. Y eso fue lo primero que hizo el sargento en las primeras horas del sábado, no deseaba contravenir las órdenes ni provocar altercado ninguno de índole protocolario; además, la prensa no tardaría en difundir la noticia.

El detenido no había provocado signos especiales de atención en toda la noche. El sargento, que escrutaba cada uno de sus movimientos, casi se atrevería afirmar que no había pegado ojo; sentado, hundido el rostro contra el pecho, tal como le dejó el inspector Ródenas al final de su interrogatorio. No obstante destinó el furgón policial para el traslado, un conductor y al teniente de reconocimientos, relevándole así por unos momentos de la amplia tarea de búsqueda de cadáveres en las cercanías del lago que, lo más probable, se prolongaría en semanas sucesivas. No quería movilizar otros dispositivos, sería suficiente; apenas una treintena de kilómetros les separaba de la penitenciaría de Los Llanos si bordeaban el bosque por la carretera local, menos transitada, sobre todo a aquellas horas. El sargento dio las últimas recomendaciones al teniente:

-Dígale al oficial en jefe que lo recluya, incomunicado: el lunes deberá comparecer ante el juez. En celda de aislamiento, ¿entendido?

-¡Entendido, señor!

Los dos oficiales acompañaron al recluso hasta el furgón; el teniente subió con él atrás, mientras el conductor arrancaba el motor y se ponían en marcha.

La carretera hasta Los Llanos se retorció entre curvas serpenteantes al borde del lago; sin línea pintada en los tramos centrales y con las zarzas invadiendo el arcén podría dar la impresión a un profano de que, en cualquier momento, el vehículo volcaría de mantener esa endiablada velocidad, pero la veteranía del conductor parecía adivinar lo que resultaba invisible al final de cada curva. Del otro lado, un bosque surtido

de variopintos verdes que la niebla matutina apenas dejaba entrever extendía su manto fantasmagórico, aunque desapercibido para el ocupado teniente y su prisionero que, con el vaivén de las curvas, se esforzaban por mantener el equilibrio en sus asientos.

Aquella mañana el inspector Ródenas apenas aguantó algo más en la cama sin dormir, a pesar de que era su día libre; libraba uno de cada tres sábados, pero ni siquiera eso le mantuvo acostado. Ya le había costado incluso conciliar el sueño la noche anterior, después del interrogatorio, al final de la tarde, a aquel loco del lago que llevaban persiguiendo durante años y que tenía constatado que casi siempre terminaban por delatarse y aparecer en el momento menos insospechado, más inoportuno, así se lo ratificaba su experiencia. Estaba esparciéndose la espuma por la cara para afeitarse cuando sonó el teléfono, algo que de verdad le molestaba y, casi al mismo tiempo, la cafetera inició un agudo chillido pronunciado...

-¿A ver...?

-Ródenas...

-Un momento, voy... -el inspector se apresuró a apartar la cafetera y apagar el fuego.

-Sí, a ver...

-Verá, inspector, ya me disculpará. Sé que hoy es su día libre, pero tenemos noticias recientes... Malas noticias.

-...¡Al grano, sargento!

-El profesor que capturamos en el lago y que usted interrogó ayer tarde ha huído... Sí, se fugó durante el trayecto a la penitenciaría de Los Llanos, por la carretera vieja...

El inspector Ródenas escuchaba con los ojos entrecerrados, casi maldiciendo.

-Continúe...

-No le hemos avisado primero hasta confirmar del todo el alcance definitivo de los hechos, señor. Atacó al oficial que lo acompañaba en el asiento trasero, le atenazó con las esposas y le quitó las llaves, así pudo liberarse las manos. Luego saltó a la cuneta, creemos que ha desaparecido por el bosque que rodea las afueras de Los Llanos. He destinado una patrulla en su búsqueda, señor.

-Y al oficial... ¿qué le ha pasado? ¿cómo está? -inquirió Ródenas, desviando su enfado con un tono interesado.

-Lo estranguló, señor, le partió el cuello; sí, se trataba del teniente Benitez, Iñigo Benitez...

-...Vaya, lo que faltaba, ¿alguna desgracia más?

-No, señor, al conductor no le ocurrió nada, se detuvo al oír el ruido de la puerta que bateaba abierta. Se encontró dentro el cuerpo del compañero y ni rastro del preso; enseguida dio parte a la Central, señor.

El inspector no cesó de maldecir para sus adentros. Era consciente de que el fugado había regresado a su líquido elemento: en aquella zona se movía como pez en el agua, era el territorio que durante todo aquel tiempo había andado recorriendo y donde se había ocultado hasta que su propio despiste le entregó; ahora no volvería a cometer otro error similar, eso aún dificultaría más la labor. Ródenas tragó saliva antes de sobreponerse con un tono de aparente calma:

-Escuche, sargento, quiero a todo el personal rastreando ese bosque. Envíe una patrulla que recorra la orilla del lago y también un helicóptero, ¿entendido, verdad?

-¡A la orden, señor!

-Bien. Estaré ahí en media hora.

# Capítulo XII

## CELESTE

A cuatrocientos kilómetros de allí, Lucinda Margot apenas había reparado en lo avanzado del día; el baño relajante de la tarde anterior tenía la culpa de que aún anduviese medio desvelada entre las sábanas de su apartamento. Recordó que su padre le regaló antes de marchar una caja de pastas típicas de la ciudad, hojaldre con cabello de ángel, que harían a la perfección las veces de pan, así que aquello la libraba de tener que arreglarse para salir a las compras del día. En todo caso, hasta el lunes no comenzaba de verdad su vuelta al trabajo, por lo que prefería dejarlo todo de golpe para esa fecha. También postergaría para entonces las llamadas pendientes: la de Donato, la de su padre para confirmarle que su regreso se desarrolló con normalidad y... Por un instante lamentó no tener otra llamada que realizar, alguien que mereciera su consideración; evitó entristecerse pensando en el amor. Lo cierto es que no había existido ninguna relación afectiva reciente que mereciera la pena recordar; sobre todo después de la última experiencia amorosa con su antiguo novio que, tras siete años de lazo indisoluble, se desvaneció de la noche a la mañana como un fatuo espejismo que le había ocupado innecesariamente demasiados años de su juventud. El precio había sido el dolor, que se lo había cobrado el tiempo... “No está todo perdido, mejor así”, se dijo.

Se revolvió otra vez en la cama, sin prisa. La noche anterior desconectó todos los teléfonos que tenía en casa con el fin de que nada perturbara la paz de su último fin de semana de vacación. Por eso botó como un muelle automático cuando el timbre de la puerta sonó repentino e insistente... A través de la mirilla distinguió la silueta de Celeste, la hija mexicana de su empleada del hogar; la conocía de otras veces en que había venido acompañando a su madre. Hasta el lunes no debería volver, ella debía saberlo, pero se movía inquieta sin cesar de tocar el timbre y golpeando la puerta con los nudillos. Se arregló con los dedos la

enmarañada cabellera, sin soltar la mano que sujetaba el albornoz, antes de decidirse a abrir...

-...¡Celeste! ¿ocurre algo...?

La mirada de la chica revelaba que la situación requería dedicarle especial atención, así que Lucinda le invitó a pasar al salón; se sentó a su lado sosteniendo aún el gesto inquisitivo de su fruncida mirada.

-Disculpe, señorita, suponía que ya tenía que haber regresado, pero no he podido aguantar más...

-Díme qué ocurre, Celeste, tranquilízate... -replicó.

-Mi madre está mal, soy yo quien limpia la casa desde que se cayó por la escalera...

-¿Y cómo está? ¿es grave?

-Es fácil que no vuelva a trabajar...

-Vaya, lo siento...

La chica rompió a llorar sin encontrar alivio para hallar el tono de voz con que explicarse; se secó las lágrimas con un pañuelo que Lucinda le tendió...

-...¡No puedo volver allí, señorita! -acertó a musitar entre sollozos.

-¿Te refieres a tu casa, Celeste?

-No quiero volver con él...

-¿...donde quién? ¿tu marido?

-Sí, es por Augusto, no puedo soportarlo...

-Cuenta, chica, ¿qué ha pasado?

Aunque llevaban apenas dos años casados la relación no marchaba por los cauces de normalidad deseados; en alguna otra ocasión, durante el breve tiempo que duró el noviazgo, Celeste ya había hecho partícipe a su madre de algunas incidencias, pero no deseaba preocuparla ahora que sufría una situación tan delicada. No tenía a nadie a quien recurrir, por lo que esta vez Celeste estaba dispuesta a dar rienda suelta y desahogarse, contándole a Lucinda lo que tenía callado y venía acumulando de anteriores ocasiones. Coincidiendo con los años que Lucinda había estado ausente nuevos acontecimientos habían venido a ensombrecer cualquier posible solución de entendimiento entre el joven matrimonio. Lucinda y Celeste casi eran de la misma edad, apenas la agente le sacaba tres años más de diferencia a la mexicana, así que podía entender, sin gran complicación, los derroteros que seguían mente y sentimientos. Conocía a su madre desde que la contrató para cuidar de su apartamento, al poco de abrir el despacho; desde entonces ya contaba con ella como parte integrante del paisaje familiar de su vida cotidiana; a fin de cuentas, después de los años compartidos, se lo debía. Pasó un brazo sobre el

hombro de Celeste y, en un intento por calmar su ansiedad, le advirtió que esperase un momento mientras se acercaba a la cocina a preparar un café para las dos...

-¿O tal vez prefieres una infusión...?

Celeste no contestó; se enjugaba el rostro con el pañuelo, hecho un ovillo entre sus manos. Cuando Lucinda llegó con las tazas, la chica parecía haberse calmado algo; no hizo falta volver a preguntarle, ella sola se soltó.

-...Ha sido una semana terrible, no puedo soportar la idea de volver a dormir allí, con él cerca. No puedo, señorita Margot...

Lucinda le recriminó la expresión mientras vertía dos terrones de azúcar en su taza:

-Por favor, Celeste, no me llames así, hay suficiente confianza. No sabía que andábais tan mal, no hasta ese extremo, Celeste, ¿discutisteis de repente o qué...?

-Augusto se presentó un día instándome a ir con él para firmar la venta de la casa... No podía creérmelo, Lucinda...

-¿Quieres decir que vendió vuestra casa sin tu consentimiento...?

-Sí, así es... Sabía que yo no estaba de acuerdo, que no estoy dispuesta a cambiarme de vivienda, sobre todo ahora que tenemos casa desde que hace dos años nos casamos y que es nuestra. Bueno, estamos pagando la hipoteca, pero con el tiempo será nuestra, un hogar propio... -sollozó de nuevo al concentrarse en el significado real de las palabras pronunciadas. Iba a continuar hablando cuando Lucinda le interrumpió:

-¿No habrás firmado, claro...?

-Mi primera reacción fue resistirme, al principio. Pero ayer firmé, me resultó imposible rehusar: él me amenazó...

-¿Te pegó, Celeste, llegó a pegarte el muy...?

-Casi hubiera preferido que así lo hubiera hecho, pero su amenaza fue velada, más demoledora... Si persistía en negarme aseguró que llevaría la situación por otros derroteros de los que me arrepentiría, ¿acaso te parece poca amenaza...?

-Me parece una locura lo que estás contándome...

-Al día siguiente me llevó a cenar, hablamos mucho... Me mostró los planos del chalet que ha decidido comprarse en las afueras, se trata de una urbanización de lujo. Para mí fue el detonante, salté, no pude contenerme ante tal alarde de egoísmo: “¿Y yo qué? ¿dónde encajo yo en estos planes?”, le dije. Créeme que acabo de descubrir a otro hombre distinto, Lucinda, nunca imaginé que significara tan poco para él, nada más que un mero interés económico para ir avanzando hacia la



planificada consecución de sus propios fines... Me siento fatal, no puedo soportar su presencia en la casa, ni junto a mí...

-Lo siento, Celeste. Es una lástima, sí...

-Discutimos. Hemos hablado mucho durante estos días, mientras ha durado el acoso; me ha dicho cosas horribles, señorita Margot... Lucinda, perdón... -rectificó-. No me quiere, no le importa separarse, incluso me ha animado a hacerlo, ¿tú lo entiendes? Y no hay otra, no. No se trata de una tercera persona, no es eso. Es un monstruo aborrecible, aunque me resisto a desearle lo peor, le odio... -Celeste dio un sorbo de té, se secó de nuevo las lágrimas y prosiguió...

-Necesito quedarme aquí algunos días, seño... Lucinda, a dormir, no quiero volver a aquella casa... En el momento de la firma nos entregaron una cantidad de dinero a partes iguales; el resto lo harán dentro de dos meses, también repartido a la mitad. Se trataba de un matrimonio de mediana edad que necesitaba el piso... -los suspiros entrecortados la dificultaban hablar-. Mi piso, Lucinda, mi casa.

-Puedes quedarte, Celeste, arreglaré la habitación de invitados que nadie usa, eso no es problema. Aunque lo primordial es que aclares tu relación con él, el futuro de vuestra relación, no sé si me comprendes...

-No puedo verle, no soporto su presencia, sus ruidos, sus portazos...

-Anda, ponte hoy cómoda aquí y trata de calmarte. Pero no bajes la guardia, si te ausentas demasiado de la casa puede acusarte de abandono del hogar. Puedes contar con mi ayuda, te entiendo, pero has de ser consciente de los riesgos que asumes, no vaya a resultar peor el remedio...

Lucinda observó como Celeste se recomponía la falda en un ademán de sentirse a gusto y no pudo ocultar un gesto de malestar al comprobar las secuelas de una relación en sus horas finales.

# Capítulo XIII

## OTRA LLAMADA PERDIDA

La visita imprevista de Celeste cambió los planes de descanso que Lucinda tenía destinados para su último fin de semana de vacaciones, así que ese mismo domingo optó por entrar al despacho y echar una ojeada al informe que la policía francesa le facilitó sobre el caso de la multimillonaria desaparecida. Fue el único momento de la tarde en que pudo estar a solas y se felicitó de haberse traído consigo el teléfono móvil. Cuando sonó Lucinda reconoció enseguida el número del señor Donato y recordó la llamada pendiente del día anterior; agradeció además que le obligara a interrumpir la forzada lectura del informe que acababa de abrir con un exceso de pereza.

-¿Luz?

-Sí, señor Donato, le debía la llamada.

-¿Estás bien, Luz?

-Bien, sí, recién incorporada al trabajo, en casa esta vez.

La voz del señor Donato sonaba honda, de sugerente modulación, que se correspondía con fidelidad a su figura, imponente, cuando se estaba en su presencia. A Lucinda le infundía respeto, casi en la misma proporción que la admiración que le profesaba.

-Me alegro, Luz, sólo deseaba oírte decir eso.

Lucinda iba a replicar con un cumplido de agradecimiento, pero siguió escuchando aquella voz que le contagiaba confianza y le acariciaba con matices de cercanía. Sabía lo que seguía a continuación, le hablaría de trabajo, de su nuevo caso, siempre lo hacía, así que esperaba atenta su indicación, que no tardó en avanzar...

-Preferiría un caso más serio para ti, estimada Lucinda, pero son malos tiempos también en lo profesional. Se trata de un asunto más familiar que policial. Puedo contarte que los intereses de los familiares presionan para su búsqueda hasta la náusea; ocurre en las mejores familias.

Lucinda quiso demostrar que había hecho los deberes, a pesar de que todavía era el último domingo de sus vacaciones.

-Tengo entendido que Madame Le Notre no fue precisamente una joya en su juventud...

-Así es, su nombre de soltera es Madame Prاتمarsó, sí, española, de origen catalán, no olvides que trabajamos dentro de un programa de colaboración internacional con los vecinos del país que acabas de abandonar. Su vida no ha sido nada del otro mundo, ejerció de prostituta hasta que un día un golpe de suerte le cambió el destino. Ya sabes, a veces ocurre; hay mujeres que por mucho que lo buscan nunca lo consiguen; unas sucumben, mientras otras persisten, pero hay ocasiones en que les llega esa especie de lotería. Suerte o casualidad, ¿quién lo sabe? El señor Le Notre era un auténtico empresario, dueño de una inmensa fortuna que dejó en exclusiva a su esposa al fallecer, según los cánones establecidos; también le dejó siete hijos, de los que viven cinco, ningún tesoro precisamente. Al contrario....

...Probablemente tengan a quién salir –apostilló Luz.

-Sí, cierto, te contaré que, sobre todo, uno de los hijos, el menor, es un cara dura que no ha dado un palo al agua en su vida, dilapidando su empresa de calzado en vicios imaginables, por lo que su caprichosa atención se ha fijado en el filón a explotar que la madre dejará a su muerte y lo ambiciona sólo para él; para placer sus sentidos, mejor dicho. Memo le llaman, Guillaume Le Notre Prاتمarsó, de talante agresivo, por si un día lees algo sobre él en la prensa; nada me extrañaría menos. Puedes preguntarle al inspector Ferdinand, que le conoce de cerca y ha tenido que ser testigo de los efectos secundarios de su intempestivo trato. Para tu suerte, no tendrás que tratar con él ni con los pazguatos de sus hermanos, de quienes se sabe aprovechar. Tu trabajo consiste en hallar a la vieja; de lo demás no has de preocuparte, nos ocuparemos el resto. Ya se lo expuse a tu padre, cuando hablé con él, Lucinda, nos estamos convirtiendo en guardas y niñeras en vez de...

-No nos coge de susto, señor Donato, tenemos que entenderlo.

-Me alegro mucho que me digas esto, querida Luz, sobre todo hoy. ¿Sabes la fecha que es, verdad?

Un fugaz rayo de lucidez pareció desvanecer el intimismo de la charla, pero Lucinda recapituló con rapidez.

...Sí -Lucinda respondió con obligada seriedad-, es una fecha más que llevo presente, día tras día, para siempre. Pero una más.

Podía interpretarse como una intencionada malicia forzar el recuerdo de una jornada aciaga, pero viniendo del señor Donato, no sólo resultaba disculpable para Lucinda sino además de útil maniobra que le ayudaba a reforzar cualquier atisbo de debilidad. A Lucinda le resultó imposible

sustraerse al recuerdo que aquella fecha había evocado; se remontó a otro tiempo y a otro lugar. De no haberse interpuesto el destino aquella fecha habría representado hoy su aniversario de boda. Se llamaba Sergio, su novio de siempre; y se habían comprometido a vivir una vida en común. Sin embargo algo no salió según lo planeado y la muerte de Sergio supuso el final trágico que impidió la unión de la pareja en feliz matrimonio, al tiempo que provocó un giro nuevo, una vez más, en su vida. Ahora, el implacable señor Donato le sometía a prueba.

-No hay por qué preocuparse, señor Donato. Gracias por su atención, algunos peajes sólo se pagan una vez.

-Me alegras, Luz. Mucha suerte.

El abrazo telefónico que Lucinda le envió de despedida coincidió con el áspero ruido del aparato al desconectar; el señor Donato había colgado. Durante unos instantes a Lucinda le dio la impresión de sumirse en el pozo sin fondo del que, minutos antes, tanto se vanaglorió de haber superado. Aquel vértigo no le era desconocido y regresaba ahora para poner a prueba sus defensas. Si algo le enseñó aquel dolor fue que nunca le abandonaría; tal vez lograra mitigarlo, desviar la diana de sus dardos envenenados, pero siempre estaría ahí, al acecho, aguardando la mínima ocasión de flaqueza. Sería así mientras estuviese viva y ella había apostado por luchar y vivir.

-Un abrazo, señor -musitó al aire.

Cuando colgó, sólo entonces, fue cuando Lucinda se entregó de lleno, sin miedo, al recuerdo de Sergio. También él pertenecía a aquel mundo, era agente secreto de estupefacientes, que trabajaba de infiltrado en una misión que consistía en desenmascarar a los integrantes de una banda que traficaba con drogas; era su última misión, antes de la boda.

Si la desaparición de su madre fue un inesperado golpe del destino, la muerte de Sergio representó otro no menos duro. Lo de su madre llegó en una adolescencia avanzada, que cambió el curso de sus vidas. Guardaba en lo recóndito de su memoria la imagen oficial de una foto de prensa en la que aparecía el vehículo rescatado de las aguas fangosas, tras la riada que provocó el temporal. Los titulares transmitían un mensaje confuso, una invitación a la duda con la supuesta infidelidad de la esposa del inspector jefe de policía y el contable de una modesta compañía teatral; su padre decidió retirarse a Los Llanos, una población no demasiado alejada del centro neurálgico de Madrid, pero sin los efectos secundarios añadidos de la capital. Algo en sus vidas dejó de encajar y, aunque la convivencia persistió en un principio, no pudo ser lo mismo. La falta de su madre significaba la pérdida de una pieza imprescindible y,

convertida en una muchacha mayor de edad, Lucinda eligió regresar a su ciudad natal, a la búsqueda de un origen propio. Su padre no se opuso, aceptó sin remedio el giro que tomaban sus vidas porque, en el fondo, comprendía el sentido y la reacción de su hija; era su vida, al fin y al cabo a ella correspondía construirla. Le costó mucho más asumir su intención de convertirse también en policía, tal vez porque conocía el oficio desde adentro, los riesgos inherentes a la profesión. Sin embargo movió los hilos de su influencia para ayudarla en sus comienzos; incluso llegó a consolarle la relación amorosa que su hija entabló en el trabajo, con aquel agente especial. No dejaban de ser dos jóvenes enamorados con las lógicas expectativas de un futuro en común y el inspector Ródenas no había dejado de ejercer de padre en la distancia, le gustaba verla feliz. Lucinda daba sus primeros pasos en solitario, espoleada por una búsqueda personal, tras la pista, una señal que le revelara la dirección correcta, un sentido a su vida. Enseguida destacó como alumna aplicada y aventajada agente. Conoció a Sergio por la misma inercia de sus pasos, inevitable. Fueron años de proyectos y de consolidar experiencias a base de entusiasmo y tenacidad. Sergio era un profesional respetado, considerado entre sus colegas; aunque no exento de riesgo, su trabajo les permitiría edificar el hogar conjunto que se habían propuesto. Bajo aquel mismo techo compartirían los secretos, las guardias, viajes imprevistos, ausencias y silencios de las misiones encomendadas; era el precio requerido y para lo que se preparaban concienzudamente.

Sergio le contó algunos pormenores del caso que llevaba entre manos; ella lo seguía con expectación, ya que sería su última misión de solteros. Anhelaba el momento de casarse y estaba previsto que, en aquella última semana, la fecha del final del caso coincidiese con la inmediata celebración de su matrimonio. Era el trabajo de muchos años lo que andaba en juego: Sergio se había infiltrado en el engranaje de la organización, una peligrosa mezcla de diferentes mafias que, en difícil equilibrio, defendían un interés común, es decir, un verdadero polvorín. Había detectado a los cargos intermedios y, a través de ellos, a los dirigentes; tuvo que asumir ciertas obligaciones para no infundir sospechas, incluso una relación sentimental con la madame oriental que se había encaprichado de sus encantos. Gracias a ella le resultó más fácil integrarse. En una ocasión Sergio le mostró a Lucinda el tatuaje con el que tuvo que marcarse, en la base de la nuca, para entrar a formar parte del clan que tenía su base de operaciones en una cadena de prostíbulos que regentaba su apasionada amante asiática: drogas, armas, prostitutas, un amplio círculo sobre el que se estrechaban ahora los lazos de la ley. El

era el ejecutor y, como en cualquier otro trabajo, aquel era su peaje. Lucinda soportó la situación porque Sergio le confesaba los poderosos motivos que representaban sus sentimientos más íntimos y, confiada en el inminente final de aquella misión, su novio concluiría el trabajo y regresaría a su redil, junto a ella.

Lucinda encaró la recta de aquella semana final con todos los preparativos ultimados: el vestido, el banquete, las invitaciones y los invitados constituían una infinidad de detalles en los que pensar y con los que mantenerse ocupada. Nada hacía presagiar que la reunión del final de la jornada deparase otro acontecimiento tan diferente. La presencia del señor Donato en el edificio de la central, en cierta medida, la alertó; era la segunda ocasión que le veía en persona. La primera vez era apenas una niña desconsolada por la muerte de su madre; recordaba cómo la consoló y el trato delicado y exquisito con que se ocupó de ella. El contacto en otras ocasiones posteriores fue por mediación de su padre, siempre a través de llamadas telefónicas, pero la sola presencia de su persona, aún en la distancia, impregnaba la realidad circundante de su vida cotidiana de una atmósfera especial, que magnificaba la situación del instante presente.

Sus compañeros le arrojaron mientras recibía la noticia de boca del señor Donato. Luego supo que cuando los agentes entraron al recinto no hallaron a ningún integrante de la banda; de alguna manera habían adivinado sus intenciones y habían escapado. A Sergio le hallaron en la bañera de la habitación de la madame oriental, desnudo, con una jeringuilla clavada en el brazo. Un hilillo de sangre teñía el agua, ya fría; la misma sangre con la que, a modo de tinta, habían utilizado para escribir la palabra “traidor” en el espejo. Fue otro golpe terrible para Lucinda que, a base de lágrimas y de tiempo, logró ir superando; a veces, incluso creía que sólo lo conseguía a ratos. Pero lejos de arredrarse se espoleó más aún al límite, aprovechó aquellos tres años de excedencia, que voluntariamente eligió, para perfeccionar sus conocimientos de criminología; algunos vieron en su dedicación una vía de escape a la tristeza que la desgracia le condenaba y alabaron su lucha. Era una auténtica policía, pero encontró en las tareas de detective un valioso complemento, a la vez que aliciente, para no estancarse y proseguir, crecida, afianzada en la fe de su capacidad, en la promesa oculta de que ella no se rendiría tan fácil.

# Capítulo XIV

## UN CASO SIN PISTAS

Hasta ese lunes, sin embargo, no se percató de que el buzón estaba repleto; se notaba que otras tareas habían tenido ocupada a Celeste. Entre las cartas había un sobre escrito de puño y letra por el propio Donato. Lucinda fue el primero que abrió y, con media sonrisa, pudo leer "bienvenue", en un francés correcto. El señor Donato, una vez más, se ofrecía en su ayuda, pero ella prefería intentar avanzar sola, aunque no negaba que tranquilizaba su autoestima el saberse protegida. Adentrarse en la investigación, incluso equivocarse, formaban parte del reto que Lucinda había aceptado; aquellas eran las reglas del juego y, aunque poco amiga de dejar algo al azar, ya esquivo de antemano, así las había asumido con todo el abanico posible de consecuencias.

Esa tarde siguió estudiando el dossier, aunque para entonces contaba ya con una serie de datos que, a modo de hitos invisibles, anunciaban a tientas la dirección que seguir. La señora Prاتمarsó o Le Notre, o como quisiera que se llamase, debía de ser tan inmensamente rica que sus familiares habían acabado por inquietarse en exceso ante su ausencia, sobre todo, preocupados por el futuro de una fortuna huérfana. Se trataba de una mujer anciana, ni siquiera madura, cuyo papel en la función principal de la empresa no era activo; tan sólo su firma acompañaba cada una de las decisiones, condición indispensable para ser llevadas a efecto, de ahí también la urgente necesidad de dar con su paradero. Además, la mujer padecía achaques propios de la edad, una artritis acusada que le ataba de por vida al consumo de antiinflamatorios, y otro tipo de achaques de índole psicológico, si cabe más delicados, que le habían obligado a consultar su caso con un psiquiatra especialista, un tal doctor Edouard Orbis, según había informado la propia familia. Lucinda anotó los datos del mencionado médico y, durante un largo rato, buscó su teléfono en un intento de contrastarlo con el que constaba en el informe; tardó más de lo deseado, a causa de la ingente colección de guías telefónicas que Celeste había desordenado en el estante con propósito de limpiar, lo que entorpeció el proceso de búsqueda. Cuando

lo encontró lo apuntó en el mismo papel, junto al nombre del especialista, que guardó en el bolsillo interior de la chaqueta, pero pospuso la llamada para la tarde; antes había quedado con Celeste para comer y no quería faltar a la cita ahora que su amiga la necesitaba tanto.

Celeste ya estaba esperando, sentada en la terraza del restaurante de la Plaza. Se saludaron sin formulismos y Lucinda notó, aún más claramente a la luz de la calle, el acusado lastre de secuelas que aquella situación personal estaba marcando en el rostro entristecido de su amiga.

-Voy a darte la dirección de un amigo asesor, Celeste -Lucinda tendió sobre la mesa un papel de color verdeazulado con unas letras garabateadas en tinta líquida-. Trabaja en un Gabinete jurídico que me ha gestionado documentos en alguna ocasión. Creo que ahora lo que necesitas es que alguien te aconseje bien sobre los próximos pasos que has de seguir.

Celeste recogió el papel, mientras lo leía despacio, tratando de descifrar la estilizada letra de su amiga.

-Gracias, Lucinda. No sé, estoy perdida, quizás tengas razón, tengo miedo...

Fue una comida frugal en la que Celeste apenas probó bocado, pero donde Lucinda consideró su presencia como un apoyo clave para alguien que estaba atravesando malos momentos. Lucinda, sin saber por qué, no perdió detalle del hombre que ocupaba la mesa situada detrás de ellas; le llamó la atención su actitud, reclinado sobre sí mismo, con las manos entrelazadas junto al vientre. Se trataba de un hombre de rasgos orientales que, a todas luces, daba la impresión de estar en trance o algo parecido. También Celeste lo notó e intercambiaron sus miradas. El hombre, de repente, elevó la cabeza hacia ellas, consciente de que habían advertido su presencia y les preguntó la hora.

-Son las cuatro y cuarto... -contestó Celeste, mientras el oriental se refugiaba en su postura original de ensimismamiento.

-...Ni siquiera ha dado las gracias -susurró Lucinda, acercándose al oído de Celeste.

Después de tomar el café se despidieron. Celeste prometió que visitaría lo más pronto posible al asesor y quedó en volver a llamarla para mantenerla informada de la marcha de la situación. Pero apenas Celeste se había alejado unos metros cuando Lucinda se apercebía del reloj caído en suelo, bajo el asiento donde había estado Celeste. Lo recogió y llamó a su amiga antes de que se alejara demasiado. Celeste confirmó que se trataba de su reloj; no tenía la correa rota ni se explicaba cómo había



podido soltarse de su muñeca. También se dio cuenta de que no funcionaba.

-...Está estropeado ¡Qué raro! –exclamó, antes de despedirse de nuevo.

Lucinda regresó a la mesa para recoger su bolso y se dio cuenta de que ninguna de las mesas de la terraza estaba ocupada, echó en falta entonces al oriental que poco antes estaba junto detrás de ellas y que ya había marchado. Por unos instantes reflexionó... ¿A quién se había dirigido cuando preguntó la hora? Ella se había girado hacia él, pero fue Celeste quien se adelantó y contestó...

-Sí, qué extraño –se dijo y, sin que el asunto dejara de rondarle del todo por la cabeza, se apresuró de nuevo hacia su despacho-. Y el reloj era el de ella...

Agradeció tener tarea pendiente para aquella tarde nublada que poco parecía tener que ver con la jornada clara y soleada que había transcurrido hasta entonces.

Las primeras llamadas resultaron infructuosas. Tal vez la consulta de aquel médico comenzase más tarde o, también cabía dentro de lo posible, que se tratara de su tarde libre. Lucinda insistió varias veces más a lo largo de la tarde y, sólo al final, poco antes de cerrar, alguien descolgó al auricular al otro lado. Una voz de mujer madura se presentó como la encargada de la limpieza; explicó que el doctor Orbis estaba de vacaciones, que no regresaría hasta la semana siguiente y, ante la insistencia de Lucinda por localizarle con urgencia, después de aclararle que era policía y llevaba un caso personal, le proporcionó su número de teléfono de la casa de la costa. Sin embargo Lucinda no se atrevió a llamar hasta la mañana siguiente.

La voz del doctor Edouard Orbis carraspeó, ronca, sin poder disimular cierta sorpresa, la extrañeza propia de quien no esperaba llamada alguna durante su período vacacional, según había dejado expresamente indicado; maldijo entonces la indiscreción de su criada. Lucinda se presentó, expuso de modo introductorio el motivo de su llamada y la importancia de cualquier dato que pudiera aportar sobre el carácter o conducta de su antigua paciente desaparecida. Sin embargo la preocupación del doctor giraba en torno al modo en que la agente que le llamaba requiriendo tal cantidad de información se había hecho de su teléfono particular.

-Sí, sí, claro que conocí a esa paciente –afirmó el doctor Edouard-, de hecho guardo archivadas las sesiones de la terapia que recibió este cliente. Pero, cómo decirle, se trata de una información clínica, científica, con

datos de gran valor técnico desde el punto de vista de un profesional de la psiquiatría, pero que nada tienen que ver, desde luego, con el tipo de información que usted o alguien profano a la medicina pueda utilizar. No sé si me entiende...

-Por supuesto que le entiendo, doctor, pero se trata de la desaparición de una persona mayor a quien reclama su familia, preocupada además ya que, por lo visto, no andaba del todo en sus cabales, de ahí que su colaboración pueda resultarnos tan valiosa.

-Lo sé, usted intenta realizar su trabajo -manifestó comprensivo el doctor, aunque en tono de reproche- y debe usted comprender que forma parte del mío respetar el secreto profesional.

Lucinda notó que un silencio demasiado prolongado se interponía en la conversación y, con ánimo de que no se enfriase el intento, solicitó algún detalle digno de destacar o decisivo para su caso. Pero, a cambio, recibió una respuesta tajante del doctor:

-Lo siento -se despidió.

Lucinda se quedó a solas con el teléfono en la mano y, en un impulso reflejo, repitió la llamada, aunque sin éxito. Insistió una vez más, pero el contestador telefónico se activaba como un guardián automático. Disculpó lo que, a su modo de entender, le pareció una falta de tacto por parte de un veterano profesional de la salud. A este tipo de especialistas acudían pacientes tan raros que tampoco resultaba extraño que ellos mismos pudieran tener sus propias manías. En cualquier caso no insistiría la búsqueda por esta vía. Si hubiera tenido alguna información de interés sobre la señora Pratmarsó o Le Notre, o como la tuviera registrada, lo más probable es que el médico se la hubiera proporcionado o, cuando menos, apuntado o dejado vislumbrar con una leve pista o señal al respecto, característica del ritual científico que en ocasiones dejan traslucir en términos del teatro propio de su gremio. Pero fue un intento nulo.

# Capítulo XV

## POSIBLES IMPREVISTOS

Cuando colgó el teléfono una sombra de duda transfiguró en mueca el gesto del doctor Edouard. Lejos de sentirse aliviado por el fin repentino de aquella inesperada llamada, se enredó en una suerte de dilemas contradictorios que tan poco le gustaban y a los que era tan propenso. A cuenta de la llamada de aquella agente pasó una noche de perros, asediado por el fantasma de la señora Le Notre, aquella vieja paciente adinerada que había llevado una vida promiscua, ejerciendo la prostitución, hasta que un matrimonio millonario la salvó de su infierno; ahora, viuda, su fortuna era uno de los más grandes tesoros que incluso se disputaban sus propios familiares. Aquella dama fatal debió resultar avasalladora en sus años jóvenes, pero cuando él la conoció era una mujer desgastada, envejecida, que se resignaba, incluso exhausta de energías, a abandonar el papel de dominadora sexual en el juego que siempre ejerció y que ahora la consumía. También pretendió engatusarlo a él, pero más que el intento de flirteo, de aquel soborno repugnante de sus carnes arrugadas, lo que de verdad ofendió al doctor Orbis fue su actitud altanera, despectiva, de superioridad, que manifestaba en su relación hacia él, casi despreciativa cuando descubrió su procedencia, su origen franco-argentino. El doctor Orbis, sin embargo, la atendía mientras asomaba su mirada acuosa por encima de las gafas, mientras se atusaba la barba rala de chivo que circundaba su perfil, mientras evaluaba la cuantía de aquel trato vejatorio al que también le había puesto un precio.

Siempre iniciaba el ritual de sus sesiones de psicoanálisis con la música de Chopin, sus Polonesas se prestaban idóneas para crear el ambiente, la atmósfera propicia donde el paciente relajaba hasta la lengua y donde el afilado sentido del diagnóstico de un profesional como él sacaba el hilo de información que le conducía al ovillo que más le interesaba, el de las finanzas. Las consultas de la vieja millonaria eran golosas, pero las propinas aún más; había conseguido incluso que los últimos pagos fueran hechos en persona, en metálico, cada vez que la señora acudía a su cita.

Él no obraba milagros ni era ningún juez, pero su trabajo tenía un coste y eso no lo perdonaba. Después que el doctor sacó su beneficio, la vieja maniática se había convertido en un problema con el que no estaba obligado a cargar y, simplemente, se lo quitó de encima, como hacía con todos sus problemas y con los pacientes incómodos. Ahora, sin embargo, la llamada de aquella agente representaba una amenaza, resucitaba problemas muertos, pero problemas, en definitiva.

No pudo pegar ojo en toda la noche, acosado por el bombardeo de preguntas a las que hubiera podido dar pie con su comportamiento precipitado. Enemigo de los fármacos, salvo para con sus pacientes, evitó recurrir a los ansiolíticos para dormir; tampoco la tila surtió el efecto deseado y, al final, optó por remediar la situación desde el lado más directo y lógico: tendría que volver a hablar con aquella investigadora para eliminar cualquier duda, la más mínima sospecha de duda. Fue a la mañana siguiente cuando llamó.

Lucinda no parecía dar crédito a lo que estaba ocurriendo: el propio doctor llamaba y, disculpándose, dejaba asomar un cierto tono de arrepentimiento... Sí, arrepentido, ¿pero de qué? Ahora sí que la policía desplegó todo su arsenal a la caza del matiz insignificante, pero revelador. Si no hubiera llamado ella habría dado el tema por zanjado, pero ahora era distinto, aquello cobraba un nuevo y sobredimensionado valor, en verdad sospechoso. Ella había respetado su silencio profesional, pero ahora adquiriría un falso valor, una apariencia de excusa traicionada que ni ella era capaz de saber qué ocultaba o hasta dónde iba a llegar.

-No quiero que entienda que me niego a colaborar, señorita Margot -argüía el doctor Orbis, con un acusado deje argentino-. Es más, desearía entablar una conversación personal con usted para dejar así constancia real del serio rigor que acompaña mi intención.

Bueno, tal vez era eso lo que cualquier investigador deseaba, que sus testigos, pruebas o casos, vinieran a hablar en persona, preocupados por colaborar, incluso por demostrar sus buenas razones para no colaborar. Lucinda le dio los datos de su dirección en Santander, horarios incluidos, y le rogó que le avisase con tiempo si se decidía a acercarse hasta su despacho, pues el trabajo a veces le llevaba fuera y no deseaba dejarle en la estacada cuando se aviniese a colaborar de modo tan voluntario. De pronto, la mujer policía se encontró involucrada en una mezcla de disculpas y justificaciones que parecían quitarle el aire, tan gratuitas que amenazaban con hacerle perder el norte. Tuvo la sensación de que aquel doctor, por arte de magia, era ahora un embaucador; y no le gustaban

aquel tipo de intuiciones, sobre todo, porque casi siempre acababan por darle la razón.

El doctor Edouard Orbis ahora no parecía tener prisa por colgar.

-No se preocupe, doctor. Pero avíseme antes, ¿de acuerdo?

-De acuerdo, señorita.

Nada más colgar el teléfono el profesor Edouard se puso manos a la obra; tan sólo necesitaba un pequeño neceser de viaje, aunque también apartó una muda limpia para cambiarse, por si llegara el caso. Su intención era acabar la faena en el menor tiempo posible que, si contaba las cinco horas de coche que separaban su lugar de residencia en vacaciones de la norteña Santander, incluidas la ida, la vuelta y los posibles imprevistos, así como un margen flexible de tres a cuatro horas para localizar a la agente Lucinda Margot en su despacho céntrico de la ciudad, no podría tardar más de un día en deshacerse de ella y de sus impertinentes pesquisas; conocía bien a aquella especie de aprendices de héroes, que jugaban a policías, ávidos por destacar y darse notoriedad a costa de desvelar los entresijos de algún caso gordo, cuanto más influyente o de relevancia social mejor. Personajes oscuros, casi todos frustrados, que trataban a cualquier precio de rescatar su autoestima de la podredumbre cotidiana en que les hundía la rutina profesional y que ejecutaban una labor insidiosa y callada, de nula fiabilidad. Desconfiaba de esa mujer que había saturado la memoria de su teléfono con llamadas intermitentes, sabía de antemano que no cejaría en el empeño, que persistiría hasta provocarle más y más insomnio, un insomnio inútil, una inútil pérdida de noches sin descanso. Había tenido casos así a decenas en su consulta, de policías hastiados, corrompidos e inmorales, concejales, políticos, periodistas con depresión, locos y locas de atar, maníacos obsesivos y amantes neuróticas. No iba a permitir que peligrara su posición porque una entrometida policía le colocara en el centro de la diana, no; lo habían intentado ya antes, incluso compañeros de estudios y colegas de profesión, celosos rivales, pero no estaba dispuesto a consentirlo. Y, al igual que en otras ocasiones, la situación requería de una solución drástica y urgente para atajar ese tipo de imprevistos. Acabó de preparar el reducido bolso de viaje y, sólo después, cenó con calma; todavía siguió las noticias del televisor y una comedia de enredos amorosos con risas enlatadas a la que apenas hizo caso, mientras hojeaba un mapa de carreteras y el callejero de su ciudad de destino; a ratos, consultaba también páginas salteadas de la enciclopedia médica.

Pasada la medianoche acabó de arreglarse, camufló el afilado estilete en el interior de la funda de las gafas que guardó, junto con la pistola, en el bolsillo derecho del áspero abrigo de cuero que se colgó del brazo y que iba a protegerle en aquella noche fría; luego, con parsimonia, frente al espejo, se colocó el sombrero, centrado, antes de bajar al garaje, a terminar los últimos preparativos.

Durante unos instantes contempló su reducida, aunque exquisita colección particular de automóviles clásicos, entre los que figuraban un Cadillac y un Jaguar; para aquel viaje, no obstante, requería un vehículo más utilitario, su Chevrolet modelo Camaro, en color verde, de décadas más recientes, resultaba el apropiado. El amplio sótano que ocupaba el garaje servía, además de taller y almacén, de moderno laboratorio: el horno, las cámaras frigoríficas y el estereotipado botiquín que sustituyó al gimnasio, lo convertían en un perfecto búnquer, donde nada faltaba para sobrevivir a cualquier tipo de asedio. Del primer cajón de las vitrinas centrales extrajo un par de jeringuillas que liberó de sus precintos y, junto a las ampollas, las introdujo en el maletín que terminó de poner a punto.

Ya con todo listo, subió al automóvil: le esperaba una larga noche al volante y, antes de encender el contacto, se aseguró de que su arma de fuego estaba cargada y descansaba en la guantera; luego rebuscó entre el revoltijo de cintas musicales que se amontonaban y seleccionó un par de ellas que le acompañarían cada kilómetro de aquella improvisada excursión. Comprobó con disgusto que no podría contar con la compañía del maestro Dvorak para el viaje de vuelta, como había previsto, ya que la cinta se había salido de la casete y, retorcida, quedaba imposibilitada para su audición; casualmente aquella cinta se la había regalado la madame millonaria que ahora le obligaba a aquella salida improvisada. Pero en seguida encontró un sustituto, su Chopin al piano, otro de sus favoritos que no podía faltar. Era un clásico, para él no estaban hechos los contratiempos, los devedés, ni los emepetrés y esas nuevas tecnologías que lo arrojaban a un abismo, alejándole de lo conocido; ni tampoco las premoniciones.

Sonaban los primeros compases al piano de la brillante, la Gran Polonesa de Chopin, cuando arrancó el coche y se hundió en la oscuridad de la carretera. Antes de acceder a la autovía, se desembarazó de la cinta estropeada tirándola por la ventanilla, con indiferencia, sin importarle que quedara enredada sobre una señal de tráfico. Dentro de una jornada completa, con o sin la "Sinfonía del Nuevo Mundo", volvería triunfador, muy a pesar del propio Dvorak, en su viaje de regreso a casa.

# Capítulo XVI

## CONTINÚA LA FUGA

Los ruidos de las hélices de los helicópteros sonaban con un intervalo de frecuencia cada vez menor, señal de que estaban estrechando el cerco en torno a él; al mismo tiempo podía oír también el de los motores de alguna avioneta, aunque se trataba de un ruido distinto: algún aparato estaba aterrizando no muy lejos de donde él se encontraba oculto. No podía malgastar más tiempo en aquella improvisada huída. Desconocía el bosque, se sentía incapacitado para calcular el perímetro de aquella zona boscosa en la que nunca se había adentrado, pero siguió el curso de la luz una vez logró escapar del primer peligro inminente y los ladridos de los perros quedaron atrás. Se detuvo para escuchar; no había duda, aquel ruido provenía de un aeropuerto cercano. De repente se le iluminaron los ojos del entendimiento y, en cuanto salió al claro, despejó cualquier duda. Se trataba del aeropuerto deportivo que se anunciaba a las afueras de Los Llanos. No había tenido tan mala suerte entonces.

Apostado tras la primera hilera de árboles observó la evolución de la avioneta junto a los hangares. De ella se apeó un hombre que entró a una nave cercana y, al cabo de unos minutos, regresó en una furgoneta de combustible; estaba repostando y, no pudo evitar una maliciosa sonrisa cuando contempló cómo sus perspectivas de esperanza se acrecentaban. Sí, no lo tenía todo perdido. Mientras el técnico continuaba ocupado con las tareas de llenar el tanque del aparato se fue acercando hacia la valla metálica que acordonaba el recinto; con ayuda del canto de una piedra puntiaguda, machacó los alambres hasta romper el nudo de la malla lo suficiente para que permitiera el paso de un hombre tan delgado como él. La pista del aeropuerto apenas presentaba señales de actividad; tan sólo dos hombres de buzo anaranjado hacían sonar las hélices intermitentes de otra avioneta, al otro lado de los hangares. Le favorecía la hora, era mediodía, muy probable por tanto que aquella gente marchara sin tardanza a comer. Sería su oportunidad.

Al cabo de un rato desaparecieron los dos hombres del buzo naranja en un vehículo todoterreno, pero el hombre de la avioneta continuaba concentrado en diversas faenas, una vez acabó de llenar el depósito de

combustible. El profesor fugado le contemplaba entrar y salir del hangar; en una de sus idas y venidas sacó un bocadillo de una bolsa de deporte, por lo que tal vez estuviera dispuesto a completar el almuerzo allí mismo, sin abandonar el trabajo. Fuera lo que fuese lo que tuviera que hacer le urgía e importaba lo suficiente para comer de manera frugal, así que el profesor decidió pasar a la acción. Se arrastró bajo el borde doblado y roto de la valla metalizada que antes se había ocupado en cortar y, sin soltar la piedra que le había servido de única herramienta, se dirigió hacia el hombre que operaba en la avioneta, agachado ahora frente a una caja de herramientas extendida en el suelo. Al operario le pareció vislumbrar una sombra detrás, pero no tuvo tiempo de girarse ya que un certero golpe con la parte plana del pedrusco le dejó sin sentido sobre la pista. El profesor rebuscó entre los bolsillos del hombre hasta dar con un manojito de llaves que guardó; luego entró al hangar, alertado por si alguien más estuviera trabajando allí dentro, pero pudo registrar el local y, sin inconveniente, apropiarse de unos mapas que comprobó pertenecían a la zona; se llevó también una cartera con documentación personal, algunos billetes y tarjetas de crédito. Descolgó una gruesa cazadora de cuero marrón y, después de dar buena cuenta de los restos de otro bocadillo, subió al aparato con dos botellas de agua; todavía volvió a bajar para cargar con la caja de herramientas. Revisó los mandos y el resto de controles; el nivel de combustible, repleto. Perfecto, se dijo. La llave estaba puesta en el contacto, así que no tuvo que recurrir al manojito de llaves, pero aún así las guardó consigo. Después, por fin, hizo la primera prueba. Giró la llave y el motor rugió con un sonido redondo, casi que le pareció música celestial. La hélice giraba limpia, sibilante y uniforme. Sujetó los mandos y maniobró con suavidad para comprobar que la avioneta respondía a sus requerimientos. Ya enfilaba hacia la pista de despegue como antes, como hacía muchos años, cuando practicaba con aeroplanos deportivos similares a aquel para sacar el carné de piloto de vuelos comerciales. Fue algo más que una afición, aunque las clases de profesor sustituto en el instituto resultaron mejores para una economía más estable.

La avioneta rugió de nuevo, con estridencia, antes de elevar el morro hacia las alturas y despegar con un vahído tembloroso que achacó a la falta de práctica; enseguida equilibró el bache inicial. Abajo, el bosque ocupaba mayor extensión geográfica de la que supuso, pero atrás dejaba el dibujo abigarrado de sus copas verdes, los montes sombreados, al borde del lago, entre los ondulantes campos de suaves pendientes que, desde el aire, ofrecía el aspecto de Los Llanos.



Cuando llegó el inspector Ródenas era demasiado tarde. La primera pregunta la hizo desde el volante, sin apearse del automóvil:

-¿Sabía pilotar aviones?

-¿Quién iba a suponerlo...? -el agente intentó disculparse ante el inspector.

Pero Ródenas volvía a la carga, con ironía, sin intentar ocultar el persistente enfado.

-...Sólo faltó una pancarta de despedida deseándole "feliz viaje"...

Ahora sí que el profesor se les había escapado de las manos.

# ...Continúa

***\*NOTA: Solamente es una muestra,  
pero si te interesa seguir leyendo,  
contacta con el autor:***

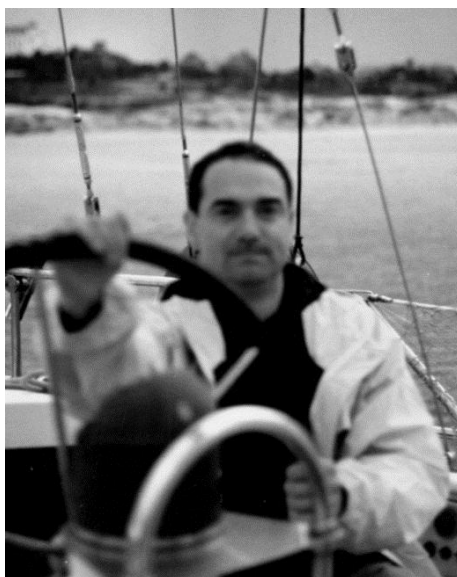
[leetamargo@gmail.com](mailto:leetamargo@gmail.com)

**¡ GRACIAS A TI !**

- *INDICE* -

Solo profesional  
Única función  
Cuestión de limpieza  
Sombras  
Nuevo destino  
Otra canción  
Malentendido  
Vacaciones en familia  
Anoche en el lago  
Vuelta a casa  
Fuga en el lago  
Celeste  
Otra llamada perdida  
Un caso sin pistas  
Posibles imprevistos  
Continúa la fuga  
Golpe de fortuna  
Entre colegas  
Un paréntesis obligado  
Una cita inesperada  
Vuelo demasiado bajo

## *EL AUTOR*



*El autor, LUIS TAMARGO, es natural de Santander, en el norte español. Documentalista clínico de inquietud literaria, publicó “Escritos Para Vivir” en 1998, su primer libro de poemas, al que siguieron “Era Un Bosque” (2004) y “A media distancia” (2006), de relatos breves. Además de su obra poética, agrupada con el título de “Poemágenes”, trabaja en la actualidad en una selección de relatos. En la novela “UNA SEÑAL DE LUZ”, la narrativa se impregna de su característico estilo y adquiere una dimensión poética emocional.*

[leetamargo@gmail.com](mailto:leetamargo@gmail.com)

SANTANDER  
2011

---

© Luis Tamargo.